

Colección Ariel

AÑO XI

VOL. II

SUMARIO

RICARDO NIETO.....	La piedad de la pluma
CARLOS OCT. BUNGE..	Sugerir ideales
RAMIRO DE MAEZTU..	El sueño de la Monarquía universal
CECILIO BAEZ.....	El descubrimiento de América
A. DE HOYOS Y VINENT	El pájaro Maravilloso
P. HENRIQUEZ UREÑA.	El Niño
JOSE VASCONCELOS...	Libros que leo sentado....
AMADO NERVO.....	El Arquero Divino
G. ZALDUMBIDE.....	La Francia y la guerra

REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO



Cuaderno 82

San José, Costa Rica, Julio 15 de 1916

Imprenta Greñas

Colección Ariel

AÑO XI

VOL. II

SUMARIO

RICARDO NIETO.....	La piedad de la pluma ✓
CARLOS OCT. BUNGE..	Sugerir ideales ✓
RAMIRO DE MAEZTU..	El sueño de la Monarquía u- niversal ✓
CECILIO BAEZ.....	El descubrimiento de América ✓
A. DE HOYOS Y VINENT	El pájaro Maravilloso ✓
P. HENRIQUEZ UREÑA.	El Niño ✓
JOSE VASCONCELOS...	Libros que leo sentado...
AMADO NERVO.....	El Arquero Divino ✓
G. ZALDUMBIDE.....	La Francia y la guerra ✓

REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO



Cuaderno 82

San José, Costa Rica, Julio 15 de 1916

Imprenta Greñas

COLECCION ARIEL

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO EN CUADERNOS QUINCENALES POR

J. GARCIA MONGE

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Condiciones:

La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): @ 3.00.

La serie de 12 cuadernos (en el Extranjero): \$ 2.00 oro am.

Número suelto: @ 0.25

La "Colección Ariel" en el exterior

COLECCIÓN ARIEL. SAN JOSÉ DE COSTA RICA
(EDITOR: J. GARCÍA MONGE.)

El editor de esta colección viene realizando desde hace años obra muy meritoria de difusión literaria y de cultura general. Al propio tiempo que hace comunar los espíritus en la belleza y en el bien, realiza la encomiable tarea de hacer conocer los pensadores y poetas de los diferentes países americanos, generalmente desconocidos en los otros países que el de su origen.

Para ello no ha necesitado valerse de material inédito. Sus libritos son hermosos "mosaicos", seleccionados con criterio inteligente y buen gusto, y traen un rico material de lectura: literatura en general y política internacional. Ha publicado varios cuadernos y numerosos artículos de nuestros mejores escritores.

A veces se insertan trozos de crítica de autores, se recomiendan los buenos libros, y trae un interesante repertorio bibliográfico.

(De "VERBUM. Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras". Buenos Aires. Rep. Arg.)

La piedad de la pluma

QUIZAS no haya en el vocabulario universal—en esta infinita variedad de idiomas en que los hombres expresan sus ideas—una palabra más hermosa que ésta: piedad. Porque ella representa esa dulce compasión del espíritu hacia nuestros semejantes, y es a la manera del agua cristalina entre las arideces del desierto. El agua es la piedad de la naturaleza: la piedad es el agua del espíritu.

Los antiguos, que gustaban de representar todo lo abstracto, simbolizaban la piedad en la cigüeña, el ave sagrada, que forma su nido en los viejos campanarios de las catedrales y en las casas de los hombres:

*La cigüeña es el alma del pasado
es la piedad, es el amor ya ido....*

Blanca, como debe serlo la piedad, ella tiene en su pico la flor roja de la misericordia, que es amor y es dulzura....

¡Cuán pocos hombres, sin embargo, buscan el placer inefable que da la piedad a

los espíritus, y cuán pocos refrescan sus labios en el agua dulce y cristalina de la misericordia! ¡Y es con la pluma—ese instrumento hecho para batallar por la justicia—con lo que principalmente se rasgan las carnes virginales de la piedad humana para verter sobre ellas el plomo derretido de todas las pasiones; Tomad la pluma: combatid con ella, como los paladines de la edad heroica; pero no hagáis de ella, que es espada refulgente, puñal de aventureros o venablo enherbolado de sicarios.

Tomad la pluma: ella alumbra y vivifica, pero no hagáis de esa chispa luminosa la tea incendiaria que el mundo horrorizado vió un día en las manos de aquel a quien llamaba Tácito *incredibilium cupitor*, hambriento de lo increíble.

Sed implacables, si quereis, con las ideas, pero buenos con los hombres, como lo fué el Samaritano que ungió las heridas de su enemigo con el óleo santo de la misericordia.

¿Sentís odio? ¡Pero si el odio es una deformidad de los espíritus, y aun en tal caso echad siquiera sobre la desnudez de su cuerpo contrahecho el manto diáfano de la piedad humana!

Y al trazar una página, una frase, acordaos de aquel noble poeta llamado Maurice

de Guerin, que interrumpió una noche una de sus más bellas páginas porque temió, dice, que el ruido de su pluma pudiese interrumpir el sueño de un átomo. Y del sueño de un átomo al de un hermano vuestro hay la misma diferencia que entre la molécula invisible y uno de esos astros que vierten la piedad de su luz sobre la tierra.

RICARDO NIETO

(Cromos. Bogotá.)

Sugerir ideales

EN el alma de cada uno, y en el alma de todos, los ideales son astros que nos guían, como a los reyes magos, hacia la meta de nuestros destinos. Son aquellos sentimientos dominantes que dan unidad a nuestros actos, sinceridad a nuestras empresas y ruta a nuestras vidas. Navegantes o náufragos de los mares de la miseria humana, ¿qué mejores dones podríamos apetecer de la educación que una estrella polar, que a través de las tormentas nos señale directa o indirectamente el rumbo hacia los puertos?

Aunque no se me oculta que esos ideales nacen con el hombre y son producto, ante todo, de su herencia psíquica, creo que también la educación puede "formarlos". La educación, ya que no es parte a *crear*, puede *encauzar* las remotas *aspi-*

razones designándoles fines concretos: ello es lo que llamo *sugerir ideales*.

El hombre obra siempre bajo la influencia, fausta o infausta, de sus ideales, positivos o negativos. Podrán ser el hombre y el amor, o sean, el individuo y la especie, los dos únicos resortes primitivos de su psicología; pero esa psicología, afinada y refinada en millones de generaciones, transformando en su evolución sus primeros instintos, presenta hoy en el hombre civilizado, sobre todo en *l'élite*, infinitas facultades de alta sensibilidad. Dar a esas facultades bellos objetivos de eficaz utilidad para la felicidad de todos y cada uno, es el fin de la *sugestión de ideales*.

Para *sugerir ideales* nada más eficaz que el hogar. Por esto, el hogar es irreemplazable. Por esto la educación que se recibe en la casa paterna es, en importancia como en tiempo, la primera. Ningún poder mayor de sugestión que el de los padres en los tiernos años de la infancia. ¡La madre no sugestiona, fascina!... Una Blanca de Castilla forma un San Luis, rey de

Francia; una Lady Byron hace la desgracia de un Lord Byron....

Las ideas cambian más que los sentimientos; la inteligencia del hombre es la inteligencia del niño; pero el corazón del hombre es el corazón del niño. Si el campo del progreso presenta como sus últimas capas las fértiles llanuras de aluvión del movimiento económico y si sus estratificaciones, bases inmediatas, son la alta cultura, su primer cimiento geológico es el hogar. El primer cimiento del hogar es el corazón del hombre, y el corazón del hombre es el corazón del niño!...

Para formar el corazón del niño después del hogar está la escuela.

La escuela es una segunda madre. Es una *concomitante* de la acción del hogar. Puede aún reemplazar a los padres, como Cirineo a Jesús en la cuesta del Calvario.... Y si la instrucción pública no interviene tan directamente como los padres a formar el corazón de sus educandos, indirectamente lo puede.... Puede intervenir en los hogares *del futuro*, ten-

diendo a arraigar en el alma de los jóvenes el ideal del hogar.... Sugiriendo el ideal del hogar.... ¿Cuáles hechos demostrarían mejor que éstos la trascendencia de aquella rama de la pedagogía que llamo sugerimiento o “sugestión de ideales”?

Un ideal es un deseo. *Querer es poder*, dice un refrán en castellano. “Querer es hacer” dice con tanta mayor energía germánica, un refrán alemán. *Wollen ist machen!* Luego sugestionar ideales es *preparar hechos*.

Los ideales que se deben sugerir a la juventud, son: *abstractos y concretos*. Abstractos, las nociones de *ética y estética*; concretos los modelos de *individuo, patria y progreso*.

¿Cómo sugerirlos? ¿Hay quien lo ignore? El ejemplo, siempre el ejemplo, en todos los detalles de la vida, en la conducta de los mayores, en la crítica, en la anécdota, en el cuento, obrando como una continua gota de agua sobre la sensibilidad y la memoria del niño, acaba por dejar en su espíritu hondo rastro: el concepto del

bien y del mal. Repítasele y demuéstresele hasta el cansancio, en todas las ocasiones, en todos los momentos, ya directa, ya indirectamente, que entre un hombre bueno y un hombre malo media un abismo: ¡el de la felicidad! Conocido el bien, el niño terminará por amar el bien, es decir, por poseer el ideal del bien. . . . Y cuídese de que ninguna autoridad alabe o se jacte en su presencia de triunfos del desenfreno, del juego, del fraude, en fin, del vicio, porque ello puede sugerirle *contra ideales* que encarnen en su vida la tentación y el mal. Armesele poderosamente en su imaginación a su Angel Bueno, para que cuando allá, en los páramos de su alma, le trabee batalla su Angel Malo, aquél lo venza y lo derrumbe en la sombra con su espada de fuego. . . .

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

Buenos Aires.—1915

(Ateneo de El Salvador, San Salvador.)

El sueño de la Monarquía universal

AN profesor noruego, Collins, de la Universidad de Cristianía, ha tenido la fortuna de emplazar la actual guerra en su verdadera perspectiva histórica. Según Collins, la historia militar de la Europa moderna se mueve dentro de grandes líneas monumentales que ya empiezan a destacarse con toda claridad. En el curso de cuatro siglos se ha dado cuatro veces el caso de que un Estado europeo se haya sentido con poder bastante para luchar por el predominio en Europa y por tanto, en el mundo: la España de Felipe II; la Francia de Luis XIV; la Francia de Napoleón I, y, por último, la Alemania de Guillermo II.

Las cuatro veces se han cobijado los Estados militares menos poderosos para evitar la constitución de un nuevo Imperio Romano, fundado en la conquista. Por tres veces han vencido los coaligados, gracias a la ayuda de Inglaterra. Las cuatro veces se han decidido estas luchas en las primeras décadas del siglo correspondiente.

La guerra actual estalló en 1914. La Paz de París, que puso término a la ambición de la Francia napoleónica, se firmó en 1815. La Paz de Utrecht, en que se frustraron las ambiciones de

Luis XIV, se firmó en 1713. Un siglo antes firmó Felipe III la paz con Inglaterra (1604) y la tregua con Holanda (1609). En ellas venía a renunciar España a su sueño de Monarquía universal.

Un proverbio inglés dice que más vale haber querido un imposible y fracasado en el objeto de nuestro querer, que no haber querido. Y Martín Hume ha dicho de España que "el orgullo de la inolvidada historia endulza los golpes de la fortuna adversa". Pero, ¡qué sé yo! En cambio, Dante aseguraba que el mayor dolor es acordarse en la pena presente del goce pretérito. Y de otra parte no cabe duda de que, a pesar de todo, los actuales españoles viven y piensan mejor que los contemporáneos de Felipe II.

El caso es que por tres veces ha naufragado en la Europa moderna el sueño de la Monarquía universal. En cada uno de estos casos se han coaligado diversas potencias para hacerlo imposible. Las potencias coaligadas han sido cada vez distintas. Sólo Inglaterra ha sido un factor permanente, colocado siempre del lado de la coalición defensiva. Y ahora también está concentrando la totalidad de sus energías para evitar que un sólo Estado se haga omnipotente.

Lo probable es que también esta vez fracase el sueño de la Monarquía universal. Lo probable, también, es que esta sea la última vez que aparezca en la historia europea el sueño de la Monar-

quía universal, como no resurja dentro de cien años en el Imperio ruso.

En cada uno de estos casos ha luchado Inglaterra por sus propios intereses; pero al mismo tiempo por los de toda la familia europea. Y, sin embargo, los hombres nos encaminamos poco a poco hacia la constitución de un Estado mundial. ¿Por qué, entonces, la disputa?

Porque lo que disputamos es la constitución que ha de darse al Estado mundial. El Estado nacional más poderoso ha tratado en estos cuatro siglos de imponer su propia constitución a los demás Estados, mediante un régimen de "ascendencia", de hegemonía, de autoridad. Esto es lo que ha evitado Inglaterra con su política de equilibrio.

Pero cabe también otra forma de Estado mundial, a base de confederación, y en que se excluya la idea de la superioridad de un Estado determinado. Esta forma de Estado mundial es de realización más difícil que la fundada en una hegemonía, porque para ésta tenemos siempre el modelo del Imperio romano, mientras que para la confederación no tenemos más que un boceto de modelo: el constituido por la Hélade.

La Hélade se fundaba más en el conocimiento de la *Iliada*, que era común a todos los pueblos de la antigua Grecia, que no en ninguna clase de lazos políticos. A falta de un Homero, en que

todos los hombres nos sintamos partícipes, será preciso que descubramos los principios jurídicos en que pueda fundarse esa Hélade futura, constituida por todas las naciones de la tierra.

Esta obra no es imposible. Si no fuera tan breve el compás de un artículo, podría quizá desde ahora bosquejar los principios jurídicos en que ha de fundarse la Hélade futura. En realidad, se hallan ya inventados. El día en que los hombres renuncien a las ideas de autoridad y de libertad—ambas subjetivas— como fundamentos del derecho, caerán en la cuenta de que el derecho sólo se debe fundar en la función.

En otras palabras. Dada una función cualquiera—profesor, labrador, pintor, músico o padre de familia—, a esa función corresponden los derechos que se determinen. Pero si un hombre no desempeña función alguna, tampoco le corresponde ningún derecho. Y lo que se dice de los hombres se puede extender a todas las asociaciones de hombres y, por lo tanto, a los Estados.

Tienen derechos aquellas asociaciones que desempeñan funciones. No los tienen las que no desempeñan funciones o las desempeñan mal. Corresponde al poder legislativo determinar cuáles son las funciones necesarias. Corresponde al poder judicial decidir qué funciones no están desempeñadas o se hallan mal desempeñadas, y por tanto privar de sus derechos a los hombres o aso-

ciaciones de hombres que debieran desempeñarlas bien.

La mayor parte de los lectores no podrá entender estos párrafos, a pesar de que es difícil redactarlos en forma más sencilla, porque entrañan un concepto del derecho que está en pugna con los que actualmente prevalecen.

No importa. Lo fundamental, por ahora, es fijar con claridad el hecho de que el objeto de esta guerra consiste de parte de Alemania, en constituir el mundo sobre la base de una Monarquía universal, y, de parte de los Aliados, en hacer que este intento se frustre.

Y el día en que se vea que no es posible constituir el Estado mundial a base de autoridad y tante tieso, y que tampoco es posible constituirlo a base de libertad, porque constitución es lo que obliga a hacer o no hacer determinadas cosas, mientras que libertad es lo que faculta para hacer o no hacer tales o cuales cosas...., con lo cual dicho queda que con la sola libertad nada se constituye....

....Bueno. Pues el día en que hayan fracasado definitivamente los principios de autoridad y de libertad, se verá que una sociedad de hombres, o una sociedad de sociedades, sólo podrá ser justa cuando se establezca sobre el principio de función.

Pero lo urgente, por ahora, es que se frustre el sueño de la Monarquía universal.

RAMIRO DE MAEZTU

El descubrimiento de América

EL descubrimiento de las Indias Occidentales, es, pues, una gloria genuinamente española, siquiera sea de origen dudoso el oscuro marino que ha venido a ser de ella partícipante. Fué Isabel de Castilla quien, bajo la inspiración del Cardenal Mendoza y de Fray Pérez de Marchena, sus directores espirituales, autorizó la gigantesca odisea en busca de la fantástica tierra de la Atlántida. Fué ella quien, movida de grande ideal patriótico y de grande ideal religioso, arrastró a Fernando a concluir con Cristóbal Colón, luego de rendido el reino moro de Granada, las capitulaciones en virtud de las cuales le investían de los poderes necesarios para acometer la ardua empresa y suministrábale los medios idóneos para realizarla. Y fueron, en fin, súbditos suyos, como los Pinzones, quienes pilotearon las naves que conducían el nauta sin segundo en su temerario viaje, que ponía espanto en el corazón de los otros pueblos.

Las hazañas que luego llevaron a cabo los españoles en la conquista del Nuevo Mundo sobre-

pujan a toda ponderación. Balboa descubre el Mar Pacífico; Sebastián Elcano lo recorre el primero en toda su extensión y circunnavega el hemisferio austral, tornando a Europa por el Cabo de las Tormentas, que por vez primera despuntara en 1497 el arrestado marino portugués Vasco de Gama. Francisco Pizarro, con un puñado de soldados, sojuzga el poderoso Imperio de los Incas; Hernán Cortés, con otro golpe de gente, supedita el gran Imperio de los Aztecas; Orellana, explora el gigantesco río de las Amazonas; Ayolas y Alvar Núñez, Irala y Ñuflo de Chávez, penetran en los bosques del Paraguay, someten a los pueblos salvajes y fundan ciudades por doquier.

La invención de América señala la más hermosa época en los anales del mundo, inaugura una nueva vida y precipita los más grandes progresos. Ella ha ejercitado una sensible influencia en los destinos de la humanidad, originando un cambio notable en las ideas, en las costumbres, en la navegación, en el comercio, en la industria, en las artes, en la literatura, en las ciencias y en la política. Merced a tan notable acontecimiento, la historia, que hasta entonces había sido exclusivamente griega o romana, asiática o europea, se ha hecho esencialmente universal. Rectificáronse los acontecimientos astronómicos y geográficos, adelantaron las ciencias naturales, co-

braron grande impulso la etnografía y la lingüística, y adquirieron considerable desarrollo las ciencias sociales y antropológicas. Nuevas luces trajo el estudio del hombre y reveló nuevos principios para la educación del género humano. La política salió de la esfera religiosa en que se movía para entrar en el dominio de los intereses económicos. La epopeya dejó de ser mitológica o legendaria, teológica o caballeresca, e inspirándose en el más alto heroísmo humano, se hizo más real y más dramática en los poemas de Camoens y de Ercilla. A las incoloras descripciones de los geógrafos antiguos sucedieron los animados cuadros de la naturaleza del Barón de Humboldt, y a las églogas de la vida patriarcal los idilios románticos de Chateaubriand. Es que el hombre experimentó desde entonces una mudanza en su ser moral. Vencedor en la formidable lucha con el Océano y las tempestades, reconoció por vez primera toda la pujanza de su voluntad y toda la grandeza de su inteligencia, y comprendió que había sido él sólo, y no los invisibles dioses de los santuarios silenciosos, el autor consciente de la colosal leyenda de los siglos.

América ha venido a ser la tierra de la libertad y de la República. Los españoles trajeron a ella su enérgico espíritu de independencia y los puritanos ingleses sus creencias libres; y con estos sentimientos, arraigados en el corazón de los pue-

blos americanos, dimos existencia a nuestras libres Repúblicas. América, por sus instituciones republicanas, influye en los destinos de Europa; pero ésta, por la superioridad de su cultura y recursos, lleva a remolque a aquélla en la corriente del progreso universal. Y así como la América británica ha intimado su vida con la de su antigua metrópoli, la América española vive del fondo del alma con su madre patria, que le ha comunicado su lengua maravillosa, sus sentimientos caballerescos, su amor a la independencia y la idealidad poderosa de su rica fantasía.

Contemplamos a España como la nación más gloriosa de los tiempos modernos, que ha hecho la grandeza de todas las demás, sin beneficio alguno para sí misma. Allende el descubrimiento y colonización de un vasto continente y de tantas islas por todos los mares, ella ha prestado al Renacimiento todo el esplendor y la exhuberancia de su genio prodigioso, que representaban entonces en las ciencias Luis Vives y Miguel Servet; en las artes plásticas, Velázquez y Murillo, Berruguete y Alonso Cano, y en las letras, Tirso de Molina y Lope de Vega, Cervantes y Calderón, los cuales, unidos a muchos otros, crearon su grandiosa y original literatura, fuente de inspiración para los clásicos franceses, y manantial de sabiduría para la docta Alemania. Y si bien es cierto que España, no habiendo querido sobreseer

de su política religiosa, en pugna con la Reforma, háse visto obligada a apearse de su grandeza, con todo, puede afirmarse que ella, víctima propiciatoria de la civilización, sólo ha cedido a la fatiga producida por sus trabajos de Hércules y al peso de sus propias glorias.

El inmenso Imperio español desmembróse, pues, como se han desecho otros grandes colosos, en virtud de las leyes inflexibles de la historia; mas no para extinguirse como éstos, sino para formarse una multitud de Repúblicas que circuyen la sien de la madre patria a manera de una corona de estrellas. Este suceso, lejos de agotar las fuerzas de la valerosa España, redobló sus energías infundiéndole nuevos y más poderosos alientos, de tal suerte, que ella, haciendo un llamamiento al nunca desmentido patriotismo de sus hijos en el momento solemne de sus grandes desventuras, resurgió luego a los conjuros de la libertad para volver a brillar con más hermoso fulgor, cual astro de primera magnitud, en el cielo del arte y de la ciencia.

CECILIO BAEZ

Asunción, 12 de octubre de 1915.

(De *Unión Ibero Americana*. Madrid.)

El pájaro maravilloso

Último día del Imperio azteca

“Yo traeré sobre vosotros una nación de lejos; una nación robusta y antigua; una nación cuya lengua no entenderéis. Talaré vuestras mieses y devorará vuestros hijos e hijas”.

Jeremías.

DE los lagos, entre cuyas tranquilas aguas asomaban de vez en cuando sus achata-das cabezas los cocodrilos, de los jardines de peregrina flora y fastuosa arborescencia, en cuyas ramas se posaban las aves de irisados plumajes que robaban a las flores sus polícromos matices y a cuyos tallos se enroscaban las sierpes de aplastadas testas y triangulares pupilas, arrancaban las escaleras de basalto que llevaban a las plataformas superiores en que cuadradas columnas de negro mármol y jade negro, incrustadas de caimanes de oro y áspides de nácar, servían de soporte a nuevas escaleras, éstas cubiertas de tapices de lana y plumas, que conducían a otras plataformas, revestidas de ébano y azabache, en que se elevaba en todo su magnífico y trágico horror, bajo el templete de oro y de pedrerías, el dios Colibrí, Huitzilopoztli, señor de la guerra y de

la crueldad, alimentado de la sangre de los vencidos, cuyos corazones palpitantes le eran ofrendados en holocausto. Sentábase el dios en su trono de plata sobre el globo terráqueo; al cuello un collar de corazones humanos; en la diestra las flechas, rodeábanle de enfurecidas sierpes. Era espantoso y magnífico, in-mundo y maravilloso; era, como son todos los dioses, la fusión del espanto supremo con la suprema belleza, la Vida y la Muerte, un monstruo, en fin, pues que los hombres sólo a los monstruos rinden pleitesía.

La vida entera de Méjico, la vida cuya médula constituían la crueldad y el heroísmo, la vida que era, refugiada en el perdido paraíso oculto a los *hombres blancos y barbudos*, como un reflejo de las viejas civilizaciones de maravilla, todo aquel arte primitivo y fastuoso que súbitamente iba a aparecérsese a Cortés como se aparecen a los ojos de un niño las miniadas estampas de un libro fabuloso en que durmieran los secretos de los Vedas y los prodigios de la Biblia, tenía su hora suprema. Primero que *saber*, los hombres *presienten*; el Destino, como su hermana la Muerte, antes de vencernos juega con nosotros, nos mima, nos arrulla. Y ante el altar de su dios aquellos hombres sin saber, sabían sin embargo.

Era algo muy solemne y muy grande. Los ascerdotes, los dignatarios, los guerreros heroicos se inclinaban ante el altar como ante un misterio nuevo y esperaban que la hora

suprema sonara en el reloj de la fatalidad. Esperaban el misterio extraño, *lo que tenía que suceder*, el Mesías, el Paracleto, el Prometido de todas las religiones, el que se anuncia con las auroras rojas de los salterios.

Moctezuma, en pie, arrogante en su traza, que tenía algo de majestuoso y grave, inclinábase para ofrecer en una zalema suprema el corazón heroico del último prisionero de Atlisco. Era el *Jefe de Hombres*, de noble prestancia; tenía la faz olivácea, barbilimpia, y envolvíase en suntuosa capa o manto de traza casi griega, mientras ceñía su frente con alta tiara de oro y pedrerías. Collares de áureos cangrejos incrustados de carbunclos colgaban de su cuello.

El gesto era sobrio y magnífico. Sobre la piedra del sacrificio del gran Teocalli yacían inermes los cuerpos de los vencidos, con el pecho abierto, y sobre el ara sagrada los corazones rojos y sangrientos formaban un montón de monstruosos rubíes. La sangre noble y generosa descendía por los canalillos de asfalto, resbalaba en purpúreas cataratas por los negros escalones y goteaba en collares de granates. En las amplias plazas, en los jardines de maravilla, en las enormes avenidas que conducían al templo, apiñábase una muchedumbre engalanada de plumas, de telas teñidas de raros colorines y de sartas de cuentas de polícromos vidrios.

Llegaba el momento solemne. En aquel pueblo, más que en otro alguno, la religión

era el símbolo de la patria, el misterioso nexo que unía a todos en un común sentir.

Moctezuma inclinábase, pues, solemne, impetrando del Colibrí la victoria, y el pueblo entero doblaba la frente como ante el misterio único.

Súbitamente sonó un trueno horrísono que hizo retemblar cielo y tierra, y por la limpidez azul del firmamento pasó espantable monstruo a modo de ígnea sierpe de tres cabezas que dejaba tras de sí un reguero de fuego.

Un pajarraco negro cayó muerto sobre el altar del sacrificio; marchitáronse las flores de los jardines y las aguas de los estanques hirvieron solas.

*

Moctezuma agitóse en las inquietudes de una modorra que era pesadilla.

Soñaba.... Había descendido las negras escalinatas del templo de Colibrí, había cruzado jardines con flores de coral y de esmeralda, atravesado por huertas en que pendían manzanas de oro y cerezas de rubíes y se encontraba ahora en una llanura uniforme, gris, cenicienta. Ante ella vaciló; su voluntad y su albedrío impulsábanle a volverse atrás, pero una fuerza superior a él arrastrábale. Comenzó a caminar; la llanura hacía-se cada vez más árida y yerma; una tristeza infinita pesaba como un sudario de plomo sobre todas las cosas; el cielo era pardo, negruzco; tenue neblina gris flotaba en la atmósfera; la tierra

hacíase cada vez más blanda y pegajosa, como si estuviese amasada con lodo y ceniza.

El Emperador marchaba cada vez más trabajosamente; sus pies hundíanse en el suelo y necesitaba de un gran esfuerzo para despegarlos; una angustia atroz le oprimía el pecho y helado sudor perlaba en sus sienes. De pronto, al fondo de la llanura sus ojos percibieron un lago; como negro espejo permanecía quieto; ni el más leve estremecimiento rizaba sus aguas bituminosas. Y al fondo, muy al fondo, alzándose fantasmagórica sobre él, una ciudad de maravilla, una urbe fabulosa, una armónica aglomeración de pirámides de basalto, de palacios de azabache, de nácar negro y de marfil, una esotérica población de ensueño que parecía la quimérica mansión de un dios. Moctezuma, anhelante, lleno de ansiedad, vencido de cansancio y sintiendo por momentos flaquear sus fuerzas, caminaba fatigosamente hacia ella. Acercábase al lago; ya la ciudad encantada comenzaba a dibujar sus líneas claramente, ya en el corazón del Rey germinaba la esperanza cuando, como por arte de taumaturgia, la ciudad sacudida por espantable y misterioso cataclismo derrumbóse silenciosamente y las aguas de bituminosa negrura cerráronse sobre ella. El *Jefe de Hombres* sintió una tristeza infinita conturbarle, pero ni con un gesto, ni con una palabra trató de sublevarse, sino que vencido bajó la cabeza y lloró.

Abrió los ojos, y presa de vago sobresalto miró a todas partes; tranquilizado por el contraste que ofrecía su tienda o camarín a los tristes lugares entrevistos en el sueño, sonrió, con sus ojos negros y brillantes y sus dientes de cegadora blancura. Telas rayadas de vivísimos tonos, entre los que relucían el oro, la plata y el cobre, pendían del techo, sostenidos por áurea alimaña, hibridación de ave y pez; tapices tejidos con lanas de matices chillones en que había sinembargo una bárbara armonía, cubría el suelo; pieles maravillosamente curtidas y labradas servían de asientos. En un rincón, monstruosos, absurdos y grotescos, tres bufones jugaban con varillas de oro rematadas por momificadas cabezas humanas, que con no sé qué procedimiento se habían encogido hiperbólicamente, adornadas de esmeraldas. Plumas de aves extrañas y nunca soñadas por los europeos formaban coronas en torno de sus frentes aplastadas, y collares de nigromántica orfebrería, llenos de amuletos, pendían sobre sus jorobas.

El rey volvió a sonreír. Vivía ahora esa extraña vida que han vivido cuantos el presagio saludó con su anunciación agorera de horrendos males. Al igual que Edipo al consultar al Oráculo, que Faraón al llamar a José o que más tarde la infortunada reina de Francia, al buscar el secreto del porvenir en la Cubeta de Mesmer, estaba vencido de antemano. Porque el solo hecho de interrogar al porvenir,

implica duda, y al dudar, estamos deshechos con antelación a la batalla. Lo que la Pitonisa nos diga será cierto; no porque así sea, sino porque involuntariamente nuestro espíritu prepara su advenimiento.

Incorporado en su lecho el *Jefe de Hombres* esperaba.

Esperaba no sé qué; algo que presentía trágico; aguardaba resignado algo que había de venir.

En la entrada apareció un grupo de esclavas que traían un pájaro consigo, y que doblando la rodilla, se lo ofrecían a su señor como un remedio a sus tristezas. Era un ave maravillosa; en su plumaje mezclábase el transparente azul de los zafiros con el glauco fosforescer de las esmeraldas, el caliente fulgor de los topacios con el fuego de los rubíes. Tenía larga cola de rizadas plumas y sobre la cabecita roja, roja como si la sangre hubiese llovido sobre ella, uno a modo de espejo de pluma.

El emperador tembló. ¡En aquel espejo acababa de ver reflejarse en la desolación infinita de un paisaje iluminado por amarillento rayo de sol, la ruina de Méjico!

Y mientras dejábase caer nuevamente sobre el lecho, el ave agorera perdíase en los cielos en un vuelo imprevisto.

*

Antes de empezarse una batalla, no ya cada jefe, cada soldado sabe quién ha de vencer.

Porque la victoria o la derrota vive en nosotros mismos. Es una seguridad, una fe, una energía. En las guerras no hay sino un factor verdad: la voluntad. Sólo muy raras veces encuentra frente a sí otro factor real: los elementos.

La vieja profecía azteca que anunciaba, que la venida de Tlaloc—el *hombre blanco y barbudo*—anunciaría la ruina del Imperio, se cumplía. Inútil que Cuilauzín echase en cara a su hermano su proceder afeminado, inútil que supiese que los invasores eran un puñado de hombres: Moctezuma adivinaba que su reinado había concluído y revestido de prodigiosa pompa, cubierto de regio manto y coronado de oro y plumas salía al encuentro de los invasores. Delante iban sus esclavos llevando raras bestias de quimérica apariencia, perfumes, frutos, flores. Luego él seguido de dignatarios y sacerdotes.

Estaban frente a frente. El Inca descendió de su palanquín y avanzó al encuentro de Cortés. El conquistador orgullosamente hizo ademán de abrazar al que era un dios para los indios. Entonces el mejicano sonrió casi irónico.

—Te habrán dicho que yo era divino ¿verdad? Pues soy mortal, de carne y hueso.

*

Como Rodrigo el godo, como Boabdil el granadino, como todos los que por no saber ser hombres lloraron como mujeres, Moctezu-

ma fué cobarde *hasta el heroísmo*.

Al saber el pueblo sublevado contra los hombres blancos y barbudos, salió a la terraza de su palacio y encarándose con la enfurecida muchedumbre, trató de dominarla aún.

—¡A mí sólo debéis obediencia! Yo os ordeno....

Pero un proyectil hirióle en la frente y bañado en sangre rodó por tierra.

¡Así el penúltimo Emperador azteca murió defendiendo a los invasores cuando no supo morir por defender su patria!

El destino, una vez más, trágico y horrendo, venció a quien como víctima había elegido.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

(*Revista Moderna*. Bogotá.)

El niño

—*Idea de Rabindranath Tagore.*—

—¿De dónde vine, madre?
¿De dónde vine a ti?
—*Viniste de mis sueños,
de cuanto amé y sentí.*

*Cual temeroso pájaro
que espera el nuevo sol,
estabas escondido
aquí en mi corazón.*

*Estabas en los juegos
de mi niñez feliz;
y sobre los altares,
como deidad te ví.*

*¡Oh misterioso encanto!
¡Prodigio del amor!
tener entre mis brazos
el tesoro mejor!*

PEDRO HENRIQUEZ URENA.

Libros que leo sentado y libros que leo de pie

Para distinguir los libros, hace tiempo que tengo en uso una clasificación que responde a las emociones que me causan al leerlos. Los divido en libros que leo sentado y libros que leo de pie. Los primeros pueden ser amenos, instructivos, bellos, ilustres, o simplemente necios y aburridos; pero, unos y otros, incapaces de arrancarnos de la actitud normal. En cambio los hay que, apenas comenzados, nos hacen levantar, como si de la tierra sacaran una fuerza que nos empuja los talones y nos obliga a esforzarnos como para subir. En estos no leemos; declamamos, alzamos el ademán y la figura, sufrimos una verdadera transfiguración. Ejemplos de tal género son: la tragedia griega, Platón, la filosofía indostánica, Dante, Espinosa, Kant, Schopenhauer, la música de Beethoven, y otros si más modestos no menos raros. Al género apacible de lo que se lee sin sobresalto pertenecen todos los demás innumerables, donde hallamos enseñanza, deleite, unción estética, pero no el palpitante de conciencia que nos levanta como si sintiésemos revelado un nuevo aspecto de la

creación y nos incita a movernos para llegar a contemplarlo entero.

Por lo demás, escribir libros es un triste consuelo de quien no se adaptó a la vida. Pensar es la más intensa y fecunda función del vivir; pero bajar, del pensamiento, a la tarea dudosa de escribirlo, mengua el orgullo y denota insuficiencia espiritual, desconfianza de que la idea no viva si no se la apunta: un poco, también, de vanidad y otro poco de fraternal solicitud de caminante que, para beneficio de los futuros viajeros, marca el árido camino por donde se ha encontrado el agua ideal, indispensable para seguir la ruta. Pero un libro, como un viaje, se comienza con inquietud y se termina con melancolía.

Si se pudiese ser hondo optimista, nunca se escribirían libros. De existir hombres plenos de energía, libres, y fértiles, no se inclinarían aremedar con letra muerta el valor inefable, el remoce perenne de una vida que absorbería todos sus impulsos. Un libro noble es fruto de desilusión y signo de protesta. Ni el poeta cambia sus sueños por versos, ni hay quien no prefiera vivir pasiones y heroísmos a cantarlos, por más que sepa hacerlo en tupidas y bravas páginas. Escriben, el que no puede obrar, o el que no se satisface con la obra. Cada libro dice expresamente o entre líneas: "nada es como debiera ser." Pone en él, el autor, lo que el hado le niega o la promesa que no vió cumplida.

¡Ay del que toma la pluma y se pone a escribir, mientras afuera todo es potencial para el humano ímpetu; cuando todo lo inconcluso clama emoción que lo consuma en su pura y perfecta realidad!

Pero ¡ay! también, de quien, consagrado a lo de fuera, ni reflexiona, ni se hastía, pues no muere para las cosas como el inconforme, ya que aún no nace, porque nacer no es venir al mundo, en que juntas persisten vida y muerte, sino desprenderse de la masa sombría de la especie; rebelarse contra todo *humanismo*, quererse ir, levantarse con el arranque que nos transmiten los libros que se leen de pie, los radicalmente insumisos.

Yo no sé a qué nacemos cuando, con Buda o Jesús, renunciamos el mundo; pero sí son indiscutibles la nobleza de la renuncia que anticipa el tardío dictado de la muerte, y la saciedad, sin cuya conquista parece que no nos vale la vida y que es preciso volver para que un nuevo dolor nos despierte y reintegre a la estirpe legítima del superhombre o del semidiós.

Los buenos libros reprueban la vida, sin por ello transigir con el desaliento y la duda. Para comprenderlo, basta leerlos, y obsérvese, principalmente, cómo los juzgan los temperamentos sanos y fuertes. Porque un enfermo desea la salud, como el débil venera la fuerza; pero el sano y alegre de corazón, el valeroso y audaz, exigente, reclama lo que

jamás se encuentra. Entre el optimista que apura el goce de los más hondos deleites y el austero profeta que mira el valle de lágrimas en que debemos morar por algún tiempo, acaso no le comprendo, pero respeto a quien dice: "es preciso", y desprecio y me río cuando paso a la vera del que exclama: ¡qué bello, qué bueno!

Y no es que requiera el tono profético, ni el ambiente trémulo de la catástrofe. Gusto la gama entera que va, del seco estallido del verbo esquiliano, a la sinfonía opulenta y alada del diálago platónico; todo lo que alcanza la sacudida heroica, el erguimiento típico del alma.

Me figuro que Eurípides, uno de los libres y grandes que por aquí han pasado, comprendió lo humano con tal claridad, que, movido de compasión, se puso a escribir sus visiones, cuidando de repetir a cada instante éste consejo sabio y sincero, para el que somos tan sordos: desconfía, no te engrías en tu goce, no te llares feliz hasta la hora de tu muerte: antes no sabes lo que el destino te reserva. Para qué quieres gloria, hermosura, poder... Mira la casa de Príamo, oye los lamentos de Hécuba. La fiel Andrómaca comparte por fuerza el lecho del vencedor. El pequeño hijo de Héctor acaba de perecer, y de toda la grey ilustre queda tan sólo la teoría de las troyanas esclavas, implorando en vano, mientras camina al destierro. ¡Para qué tienes hijos!

Pero como la verdad causa terror, y muchos se alarman de los corolarios que cualquier espíritu implacablemente sincero podría deducir de estos evangelios inmortales, hanse puesto a inventar, los cuerdos, con Aristóteles a la cabeza, la tesis infantil que juega con las ideas como muñecos, la cual nos dice: que es propio de la tragedia causar alegría con la representación del dolor y hacer triunfar el principio de la vida sobre su negación fatal. Parecen temer que algún día los hombres comprendan, y por eso se escriben todos los libros que nos vuelven a la calma y al buen sentido: los libros que leemos sentados porque nos apegan a la vida.

JOSE VASCONCELOS

Nueva York, noviembre de 1915.

(*Las Novedades*. Nueva York.)

El arquero divino

I

El rayo verde

*Mis ojos tienen claror
de juventud, porque espero
aún tu visita, Amor.*

*Me debe el sol un fulgor,
quizá su fulgor postrero:
su rayo verde, color
del esperar de que muero*

II

Como una mariposa

*Como una mariposa se para en un espino,
posáronse las alas del Ensueño divino
en mi alma enferma y triste. Posáronse un instante
solo: mas la espinosa
planta, ya nunca olvida la blancura radiante,
el leve impulso trémulo, la gracia palpitante
de aquella mariposa*

III

Si mi amor es pecado....

*Si mi amor es pecado,
ya está bien castigado....
Pero si no lo es,
esta siembra de espinas que inconsciente
haces tú en mi pobre alma diariamente,
esta sangre que viertes y no ves,
¡en qué compensaciones milagrosas,
en qué cosecha trémula de rosas
florecerá después!*

IV

Pudiera ser....

*Eres inexorable, bien amado,
con este pobre corazón abierto,
que se desangra.... Pero ten cuidado:
no sea que te nazca un impensado
y cruel amor por mí, después de muerto!
Porque entonces será vano tu grito
ante la eternidad trágica y honda....
Restituída mi mente al infinito
y deshecha en su hueco de granito
mi carne.... acaso el viento te responda!*

V

¡Amor, dame tu boca!

*Amor, dame tu boca,
tu boca virginal, cáliz vacío
que llenaré hasta el borde con mis besos!*

*Amor, dame tu boca:
la llave de coral que abre las puertas
de todos tus incólumes encantos.*

*Amor, dame tu boca:
¡Alpha escarlata del placer que ansío!
.... Recorreré después todas las letras,
hasta la santa omega en que el misterio
tiembla del ser....*

¡Amor, dame tu boca!

VI

Y tú esperando....

*Pasan las hoscas noches cargadas de astros,
pasan los cegadores días berméjos,
pasa el gris de las lluvias, huyen las nuves
¡.... y tú esperando!*

*¡Tú esperando y las horas no tienen prisa!
¡Con qué pereza mueven las plantas torpes!
las veinticuatro hermanas llevar parecen
suecos de plomo....*

*Esa rosa encendida ya se presiente,
entre los gajos verdes de su justillo.
Entre los gajos verdes su carne santa
es un milagro.*

*¡Pero cuándo veremos la rosa abierta!
Dios eterno, tú nunca te precipitas:
mas el hombre se angustia porque es efímero.
¡Señor, cuándo veremos la rosa abierta!*

VII

El viático

*Es de noche. Hace frío.
Está solo el cantor.
Antes de que se vaya para siempre, Dios mío,
dale aún ese viático divino del amor!*

(La Nota. Buenos Aires.)

AMADO NERVO

La Francia y la guerra

“Tere de France, mult estes dulz país.....”

Este verso de la *Canción de Rolando*, tan tierno, tan añejo y tan fresco, ¡cómo se lo siente venir, no solamente de la profundidad del tiempo, sino también de la de un sentimiento, que aun en nosotros extranjeros es antiquísimo, inmemorial, hecho de las predilecciones de nuestros antepasados. Pues nos parece que no es únicamente desde el despertar de nuestra conciencia intelectual, ni tan sólo a causa de lo que le debemos por la iniciación de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad en la belleza y el orden del sentido *francés* de la vida y de la verdad, que sentimos tan espontáneamente, tan filialmente podríamos decir, este amor a Francia.

Así bendigo yo la suerte que me ha permitido tomar, muy humildemente, pero de muy cerca, mi parte de las alarmas y las esperanzas francesas en esta guerra. Creo que, en vez de huir habría yo acudido de lejos. ¡Presencia más que ínfima y por demás supérflua, la mía! Pero yo

habría sentido una especie de remordimiento al no hallarme en Francia como junto a una persona bien amada sobre quien se cierne una calamidad.

Los primeros presagios, cargados ya de la tormenta, me sorprendieron bajo el cielo delicado de Turena, a orillas del Loira indolente. Visitaba sus paisajes sensibles como una alma, sus ciudades ennoblecidas por tantos siglos de bella historia, sus castillos famosos. ¿Dónde experimentar más hondamente lo que había de brutal y monstruoso en la agresión?—Cuna del arte y de la poesía del renacimiento francés, centro de la monarquía de Carlos VII a Francisco I, es el lugar donde más visible y más penetrante se ejerce el encanto antiguo, y tan noble, de lo que es más francés en la raza: el gusto de la vida inteligente, ornada de todos los lujos del arte, de la gloria y de la voluptuosidad. Esta clara y dulce Turena, tan impregnada de pensamiento y de poesía, de una belleza tan humana, ¡cómo nos persuade sin esfuerzo y nos conquista sin premura! Fineza en la molicie, gracia en la fuerza, espiritualismo en la voluptuosidad, todas las virtudes con los correctivos que la impiden exagerar y convertirse en defectos, se les halla como fundidos en esta pingüe y sabrosa tierra. Se comprende que, aun en un siglo en que el sentimiento de la naturaleza no había entrado toda-

vía en las almas, hubiese un Lafontaine para amar:

*ces provinces
qu'entre tous les plus grands trésors
ont toujours placè nos princes.*

Se comprende que Balzac pidiese, para vivir allí “sin enojos” un terreno, un pequeño castillo, una bella biblioteca. “*Je quitte toujours a regret ce vallon solitaire*, decía. *Le silence y est merveilleux.*” El escuchaba con pasión ese silencio, hecho del rumor de siglos magníficos y de bellos tumultos apaciguados.

El corazón se oprimía al pensar que tanta gracia y tanta nobleza iban talvez a ser ultrajadas por el alemán. Parecían sin defensa contra la brutalidad, adormidas en la límpida dulzura de sus horizontes y en la paz de los hombres... Pero ¿no era aquel el país de Lemaitre, espíritu hecho a imagen y semejanza de su propia tierra? Ese sutil, ese ondulante, que parecía débil y frágil a fuerza de fineza, ¿no fué también un combatiente encarnizado contra lo que tendía a destruir la hermosura de su Francia tradicional? Su escepticismo no era sino una elegancia maravillosa para insinuar mejor, y mantener, la fuerza de su ideal. Lo mismo iba a pasar con todos. Veíanse ya, en todos los rostros, los signos reveladores del fondo de la naturaleza francesa, heroica y lúcida como ninguna, oculto en la ame-

nidad de la vida ordinaria bajo apariencias despreocupadas o frívolas. Todos, los más superficiales y los más rebeldes, se les veía cogidos ya por la común angustia, soliviados por el común amor. El espíritu de la *Doncella* resucitaba en esos caminos, los mismos que ella recorrió para "*bouter dehors*" al invasor.

El amigo con quien hacía este paseo, el historiador peruano José de la Riva-Agüero, con su potente y seguro sentido de la historia veía venir lo inevitable y me decía sus razones, mientras los gobiernos proseguían sus discusiones jadeantes.—Deslizábase el automóvil por entre los campos que aguardaban, ricos, rubios, colmados, la cosecha tranquila. El espíritu sobrecogido por los sombríos presagios, mirábamos esa dispersa belleza, inconsciente y por lo mismo más patética.—¿Qué iba a acontecer? Me acordé entonces, no sé por qué, del verso de Vigny que aconseja apresurarse a amar lo que talvez no se verá dos veces...

Volvimos a París en la tarde del 31 de Julio. La grande urbe en fiebre hervía ya en la más santa de las cóleras, pero retenía su ímpetu. Daba, como en sus mejores días, el son total de la Francia.

No he dejado su recinto desde entonces. La he visto, pues, serena en los días de expectativa, sagaz y fiera en las noches de angustia horada-

das por los rayos vigilantes de los proyectores.— La invasión tocó a las puertas; fué rechazada, vencida. Salvada, la ciudad continuó revestida de gravedad ardiente, de heroísmo sin énfasis, sin miedo bajo el ojo del Destino. Jamás la amé ni la admiré tanto. Ella era entonces, de veras, el centro de gravitación del mundo, el corazón que no podía desfallecer.

Sobrevino la victoria del Marne. ¡ Un milagro ! exclamaron algunos. Sea, si milagro hay en que la Francia se haya hallado a sí misma, tal cual la modelaron siglos de desbordante, generosa y feliz bravura, en la continuidad de su historia.

Cuanto a la batalla misma, ¿ qué milagro en la obra humana de la más alta ciencia servida por el perfecto valor ? La Francia, a la hora de la prueba, halló vivientes las fuerzas de su pasado. Parecía haber roto, en sus juegos peligrosos y un poco locos, esos viejos resortes de tan bello temple: los encontró más flexibles.

Ciertamente había de que asombrarse. Habría podido decirse que una frase de Renan a Deroulède, contada por Barrès, era la consigna de la mayor parte de los espíritus: "*Jeune homme, la France se meurt; ne troublez pas son agonie*"... Parecía dejarse morir gozando de las supremas delicias de su agonía, rodeada de poetas demasiado exclusivamente musicales, de artistas demasiado conscientes de su extrañeza, de pen-

sadores demasiado desligados, especie de diletantes por demás inteligentes que le aconsejaban la elegancia del desdén de lo que no se puede o no se quiere retener por la fuerza, y que no la habían visto nunca más bella que con su rostro extenuado y su sonrisa demasiado fina... En el desconcierto y la incoherencia de las aspiraciones, en el abandono de todos, tan sólo los políticos apresuraban su labor de ruina. Los sabios no vivían sino para su ciencia, ídolo abstracto y sin patria, ajeno a las vicisitudes de la hora; los filósofos no amaban sino el juego de las ideas peligrosas sin cuidarse de los aturdidos que les llevaban a estallar en medio de la multitud; los poetas sufrían más que sufrió el mismo Baudelaire,

“d'un monde où l'action n'est pas la sœur du rêve.”

Algunos, sin embargo, sobre todo entre los nuevos, daban voces de alerta, y carecían de condescendencia para con las quimeras. Querían probar que la agonizante no estaba sino pérfidamente adormecida, y la sacudían, no sin rudeza. De verlos tan prontos a enderezar y a obrar, temíase que su precipitación lo echase todo a perder: los acontecimientos vinieron a darles razón. Se hallaron con el alma de antemano lista a responder con fe y alegría al desafío previsto. Por boca del soldado Vincent, el héroe de Ernest Psychari en *“L'Appel des Armes”* rogaba toda

una generación: "*Seigneur, decía él, faites que je sois fort et que je tue beaucoup d'ennemis*". El voto fué escuchado. Anunciaba, desde antes de la guerra, almas de héroes: y hasta chocaba por eso: pues ya el penacho, así no fuese más que puramente intelectual, no se usaba en Francia, como en previsión de este heroísmo ingenuo y espontáneo de las trincheras, en que abundan los más sencillos, los que no obedecen a teorías y acaso ignoran el alcance de sus actos.

Y es emocionante el ver, a su lado, a aquellos que subtilizaban quizás un poco demasiado sobre la idea y el sentimiento de la patria, defendiéndola hundidos en la tierra. Comprenden mejor ahora, y demuestran que la patria no es solamente algo ideal y un tanto vago, sino la tierra misma, y está presente en cada retazo de tierra lodosa y sagrada. Vueltos así, después de tanto refinar en el vagabundeo intelectual, al más elemental, al más antiguo apego del hombre al suelo de los suyos, han recuperado una especie de candor heroico.

Y todos, los más bastos como los más cultivados, sienten con igual certidumbre la belleza de esta guerra suprema que salva de la garra de fuerzas bajas y frenéticas la libertad del mundo y las aspiraciones del hombre a lo que constituye el atractivo y la nobleza de la vida moderna: la posibilidad para cada cual de gozar de la pleni-

tud de su individualidad en el esplendor tranquilo de una civilización despejada de su perpétua pesadilla, al abrigo de matanzas estúpidas, de criminales locuras.

Sabe el mundo que siempre fué la divina fatalidad de Francia el tener que desempeñar, en aventuras en que arriesga la propia vida, un papel que sobrepasa la medida de sus intereses y que exalta su ideal hasta identificarlo con el de la humanidad en cada etapa de su evolución. Es cada vez la primera en presentir las auroras encerradas en la noche del porvenir.

Y es ella quien más ha ennoblecido esta lucha atroz, imprimiendo este carácter trascendente,—de tan trágica alteza,—de conflicto de direcciones morales, de drama de ideas esenciales a la vida espiritual.—Y es ella quien, con su triunfo mantendrá al genio latino, el único de veras creador, en su misión tutelar.

A juzgar por la enormidad de esta guerra, cuya fatídica envergadura cubre el mundo, créese generalmente que señalará el comienzo de una era diferente, sin común medida con las otras. Entendámonos. Es probable que los historiadores escojan un acontecimiento tan universal y memorable para cerrar grandiosamente el ciclo de las fuerzas en trabajo de la edad contemporánea. Pero es únicamente el triunfo de Alemania el que podría determinar un cambio de norte para

el espíritu de los hombres y la vida de los pueblos.—La victoria de los defensores de la civilización no puede sino afirmarla en su esencia, de una virtualidad infinita. No es, creo yo, el número o la potencia de los ejércitos desatados, ni la importancia de las naciones en campaña, ni los cambios de geografía política resultantes, lo que traerá transformaciones substanciales para el alma y la dirección de la vida moderna. Antes que impelida por la brutalidad de una guerra, la humanidad emprende por rumbos inexplorados, entreabre no vistos horizontes conducida más bien por principios de una moral nueva; por grandes corrientes de ideas más bien que de hechos, por fuerzas operantes de lo interno a lo externo, en los espíritus primero, en la realidad enseguida, tales como el Cristianismo, el Renacimiento, la Revolución.

¿Surgirán de esta lid siniestra nuevos principios directores? No se los ve todavía despuntar. Lo esencial es habernos ya librado de la dominación alemana. Alemania habría reinstalado de permanencia entre los hombres el estado de guerra tal como afecta de verlo reinar en la naturaleza. Ella conduce la guerra proclamando que no hace sino obedecer a las leyes generatrices reguladoras de toda existencia. Interpretación falsa, desde luego, puesto que en la naturaleza, el principio de destrucción se ejerce de una espe-

cie a otra, y por razones vitales; mas no se ven bandadas de perros organizadas contra otras bandadas de perros, ni se entreddevoran los cuervos.—La Francia, en cambio, hace esta guerra,—y la hace maravillosamente,—considerándola en el agresor, por el hecho y la iniquidad de la agresión, como un descenso bestial del espíritu, con tanto esfuerzo llevado a la altura de la vida libre y consciente. La hace teniéndole por contraria a la condición de nuestra especie, más que a medias desprendida de la barbarie originaria, y sabiendo que en todo caso, la belleza y orgullo del hombre consisten en poder erigirse contra la ciega naturaleza, para corregirla y sobrepasarla.

... Esperemos que después de la horrible matanza, en la paz que la razón victoriosa impondrá a las turbulentas fuerzas animales, habrá por encima de los duelos gloriosos, un vuelo alciónico de esperanzas, una refluorecencia de alegrías.

Lucirá de nuevo sobre el mundo, la sonrisa de la Francia eterna.

GONZALO ZALDUMBIDE

(*Letras. Quito.*)

REPERTORIO BIBLIOGRAFICO

Sobre algunos dramas de Ibsen

No podemos vivir sin grandeza.

LA GRANDEZA

En los dramas de Ibsen: *Solnes el constructor*, *El pequeño Eyolf*, *Cuando despertemos de la muerte* y *Djon Borkman*, se trata en realidad de un drama único: si hay alguna diferencia en los caracteres de los personajes, el mal que los acomete es uno, sufren el mismo dolor y tienen las mismas alegrías.

Este drama único es de tanto más interés, por cuanto que se produce alrededor de un fenómeno grandioso: el conflicto entre la creación y la vida.

Solnes (*Solnes el constructor*) y Rubek (*Cuando despertemos de la muerte*), poseen riquezas, son estimados y viven en condiciones envidiables; todo los favorece, la fortuna les sonríe, la gloria les busca, y a pesar de todo esto, Solnes y Rubek no son dichosos.

Solnes es arquitecto y Rubek artista.

Ambos son creadores. Sus obras les proporcionaron en un tiempo una satisfacción inmensa.

Vivían, porque poseían una riqueza enorme, de un valor que los tesoros del mundo no tienen el poder de pagar; poseían la grandeza que les vino de su fe en su arte.

Y la grandeza más que el pan diario, más que las comodidades, más que las riquezas y todos los tesoros del mundo, es necesaria al hombre para que viva: Cristo vive en la cruz, el revolucionario vive en la prisión aun condenado a muerte, el oprimido y hambriento vive en su choza cuando hay algo grande que ilumina su alma.

Es notorio: precisamente en el drama único, que será el objeto de nuestro estudio, Solnes y Rubek, victoriosos en la lucha por la existencia, padecen en otra lucha que es la que sostienen por la grandeza.

No damos al término grandeza una significación absoluta: el salvaje posee la grandeza cuando vende su oro y plata al culto mercader por unos adornos infantiles; el niño cuando vive en el mundo de lo maravilloso; los pueblos primitivos cuando adoran la divina creación en sus formas diferentes; los pueblos cultos cuando llegan al ideal de patria, socialismo, humanismo, etcétera.

El término grandeza no implica necesariamente un valor moral e intelectual; lo que es grande en el salvaje provoca una sonrisa en el hombre culto, la grandeza acreedora en el niño a serias investigaciones, apenas la notamos, y con suma frecuencia afirmando nuevas

grandeza negamos la presencia de ella en los demás.

En el hombre que sienta y piense, la grandeza necesariamente se pronuncia en alguna forma: dedica su vida al arte, a las ciencias, a la religión o filosofía, toma parte en los movimientos sociales de razas, grupos y clases, guiado siempre por un vivo deseo de satisfacer aspiraciones intrínsecas que nada tienen que ver con apetitos y deseos puramente materiales.

Fué un largo y penoso camino en la historia humana la conquista de la grandeza, largo porque empezó en los tiempos remotos, penoso porque constantemente el hombre tomó por grandes los ideales estrechos, y hoy todavía su grandeza es su patria, su pueblo, su raza, y no toda la humanidad y con ella el Universo.

Sólo en pocos, muy pocos casos, en el seno de la humanidad nacieron hombres que no debían conquistar la grandeza, *porque la poseían*, y toda la vida de estos poco elegidos era la lucha por *la realización*, y no por la conquista de la grandeza.

Estos hombres—dioses fueron Buda, Sócrates, Cristo, Spinoza, Cervantes (Don Quijote).

La grandeza puede proporcionarla un objeto: una flor que adorna la mejilla de una niña, un juguete para el salvaje, un templo lleno de imágenes adoradas, para el creyente, un laboratorio con aparatos y máquinas para el in-

vestigador, y puede ser una mera ilusión, pero siempre y en todos los casos representa un hecho sin el cual es imposible imaginarse la existencia de la humanidad en el pasado y el presente, y menos todavía en lo futuro.

Tomando como sustantivo de la grandeza lo restante, lo sobrante al hombre después de la satisfacción de sus necesidades materiales, no entramos por ahora en detalle sobre su posible causa: indicamos tan sólo que puede ser la vanidad, y puede ser una chispa divina que está en el hombre, puede ser un sentimiento egoísta, y puede ser una aspiración hacia lo sublime; la grandeza se nos presenta en sus múltiples y diferentes formas según la época histórica y según el grado de desarrollo intelectual del hombre. Pero también en un solo hombre la grandeza puede presentarse en formas diferentes y opuestas, como pronto veremos.

Insoportable, vacía, sin fin y miserable se vuelve la vida para el hombre cuando su grandeza por cualquier causa desaparece, y será su ruina si no consigue salvarse, hallando de nuevo aquello que le dió vida y sentido en la vida.

En el arquitecto Solnes, la grandeza es de un doble carácter: aspira a ser el primer constructor de la ciudad, el único; considera que nadie tiene el derecho de edificar, sino él, y para llegar a ser el primero no se detiene ante obstáculo alguno y no repara en los medios.

En el momento del drama, vemos el efecto de otras aspiraciones: una conciencia enferma, un estado de completo desequilibrio, fronzido de la locura.

Pero hay en él una grandeza de otro carácter, tal vez inconsciente en parte, que radica, sin embargo, muy profundamente en su ser y que se revela en su coloquio con Hilda.

Solnes.—Usted sabe, yo empecé por edificar iglesias.

Hilda.—Sí, lo sé.

Solnes.—Y puedo decirle que yo construía estas pequeñas y pobres iglesias con una veneración tan profunda, que me parecía que El podría estar contento de mí.

Hilda.—¿Quién es El?

Solnes.—Pues, Aquél, para quien han sido construidas; Aquél, en cuyo nombre y gloria se edifican los templos.

Hilda.—¿Y ahora usted no está ya seguro que El quedó contento de su obra?

Solnes (*con amargura*).—No. El exigía que yo sirviese únicamente a El. Yo debería ser constructor y nada más. Toda mi vida debería construir para El.

Hilda.—¿Y qué hizo usted?

Solnes.—Hice lo imposible. Una vez le dije: Todopoderoso, escúchame; yo quiero ser un constructor libre, tan libre en mi género como Tu en el Tuyo. No quiero edificar más templos para ti, sino construir casas para los hombres.

Estamos en presencia de un caso muy notable, no poco frecuente y de un gran interés psicológico: En Solnes viven dos hombres: uno que conversa con Dios frente a frente, como de igual a igual y otro que por vanidad es capaz de rebajarse hasta hacer mal a sus semejantes, a Regner, por ejemplo. No hay, pues, necesidad de buscar por separado la vanidad y grandeza: diferentes como dos polos opuestos pueden sin embargo encontrarse en un solo hombre. La grandeza que es Todo y la vanidad que es Nada se dan la mano en el alma del hombre. Y entre la Nada y el Todo vibra su alma, como el Mundo, pues al Mundo refleja.

Antes de estudiar la crisis que se verificó en Solnes, veamos en qué consistía la grandeza de los demás personajes en las obras citadas de Ibsen.

Rubek (*Cuando despertemos de la muerte*) en los días de gloria y de paz interna vivía del arte.

—... Yo era artista, ante todo artista y sufría todas las penas de la creación cuando ideaba aquélla, mi obra, que debía ser la más grande de todas. Yo quería llamarla: "la resurrección de los muertos".

Ulfheim, el rústico y salvaje cazador, caracteriza muy acertadamente la naturaleza de la creación.

* Ulfheim (*a Maya*).—Ambos, yo y su marido (Rubek), tenemos que bregar con un materia

tenaz y resistente. El con su mármol, yo con las venas tirantes y palpitantes del oso. Y los dos vencemos por fin. No retrocedemos hasta quebrantar al desobediente.

Rubek (pensativo).—En esto usted tiene razón.

Ulfheim.—Sí, la roca es inerte y con todas sus fuerzas resiste cuando usted le imprime la vida con el martillo. Igual como el oso en su cueva cuando le despiertan con las picas.

Almers (El pequeño Eyolf), en sus días de paz vivía del trabajo intelectual:

“pensar, pensar, no hay nada mejor. En las ideas está todo lo sublime.”

Rosner (Rosmerholm), un carácter noble y profundo, es de aquellos hombres que poseen la grandeza como una calidad innata.

Y en cuanto es posible expresar un tal carácter en palabras, he aquí como lo hace Ibsen.

Rosmer.—Yo no pertenezco ni al espíritu que reina aquí, ni a los partidos que se combaten. Yo quiero probar, unir y reunir a todos los hombres de todas las partes. Yo quiero vivir y consagrar toda mi vida, todas mis fuerzas para crear en el país una democracia verdadera, y *transformar a todos los hombres del país en hombres nobles.*

Krol.—¿A todos?

Rosmer.—Por lo menos y en lo posible a la mayor parte.

Krol.—¿Y cómo lo vas a conseguir?

Rosmer.—Libertando su espíritu y purificando su voluntad, me parece.

Krol.—¿Tú quieres libertarlos, purificarlos?

Rosmer.—No, mi querido amigo, yo quiero únicamente tratar de despertar en ellos su voluntad. Realizarlo⁽¹⁾ lo deben solos.

Krol.—¿Y te parece que lo podrán?

Rosmer.—Sí.

Krol.—¿Por sus propias fuerzas?

Rosmer.—Precisamente por sus propias fuerzas. Otro camino no existe.

La grandeza de Borkman (*Djon Borkman*) antes de la crisis tenía otro carácter.

Borkman.—¡Yo quería crear millones! Yo quería reunir en mis manos todas las minas, todas las fábricas. Tener nuevas minas hasta lo infinito. Entrar en relaciones comerciales por mar y por tierra con todo el mundo. *Todo, todo esto quería crear yo solo.*

LA CRISIS

Nos puede extrañar, cómo es posible que el hombre que llegó a ser creador puede desesperar, caer otra vez.

¿No es el poder de crear lo más sublime a que puede alcanzar el hombre? ¿Puede acaso exigir el hombre más todavía que dar al mundo nuevas imágenes, realizar totalmente su "yo", afirmarse, eternizarse por su genio creador?

¿No debe ser la fuerza creadora siempre ju-

(1) Su propia grandeza.

venil, exaltada, capaz de destruir todo obstáculo que se le presente? ¿Y no cree la mitad de la humanidad en un Dios—gran Arquitecto, gran Creador?

Se podría invocar para la explicación de la crisis creadora acontecimientos externos, y así lo hace Ibsen, atribuyéndoles mayor o menor importancia.

Sin embargo, admitimos que el estudio de la vida intrínseca del hombre es completamente suficiente para explicar todo lo que pasa en su alma. Los acontecimientos externos pueden ejercer una influencia puramente mecánica, pueden simplemente destruir el alma. Los fenómenos internos, biológicos y fisiológicos pueden tener el mismo efecto, pero la vida del alma mientras fenómenos externos e internos le hagan posible la existencia, queda en cierto sentido independiente. Para que el hombre creador llegue a los más profundos sufrimientos es suficiente que se apodere de él la duda en la grandeza de la creación.

Lo que pasa en el alma de Solnes y Rubek pasó seguramente también en el alma de Ibsen mismo.

Y el sufrimiento originado en Ibsen por la duda en la grandeza de la creación, dió origen a una nueva idea creadora: la de la vida.

Hay algo que vale más que ser creador, nos dice, un hombre que conquistó una fama mundial, precisamente por su talento creador. *Más que crear vale vivir.*

Veamos lo que entiende Ibsen por vida.

Rubek el artista (*Cuando despertemos de la muerte*), dice con amargo pesar: yo he apreciado más a una forma muerta de arcilla que la dicha de la vida. Y en su coloquio con Maya agrega:

Rubek.—La creación de artista, la creación, etc., todo esto empezó a parecerme tan vacío, tan falto de sentido, en realidad de tan poco valor e importancia...

Maya.—¿Y qué querías tú poner en lugar de todo esto?

Rubek.—La vida. Maya.

Maya.—¿La vida?

Rubek.—Sí. ¿No vale más la vida, vislumbrada por la luz del sol, que el brillo de la belleza, que este trabajo eterno en un antro obscuro con arcilla y piedra hasta una fatiga mortal?

Para Solnes la vida se presenta en la imagen de Hilda, joven, audaz e inteligente. Hilda pronto se orienta en el alma de Solnes como en su propia casa. Y en esta casa, que cree ya suya quiere mandar, arreglar los desperfectos, poner todo en orden, pero se encuentra con una cuerda ya rota: la conciencia enferma de Solnes, y comprende con razón que la lucha contra esta enfermedad, peor que la locura, es imposible; pero el sentimiento obscurece la razón en ella y el drama se desarrolla hasta su trágico final.

Seguiremos, para aclarar la idea de Ibsen

sobre la vida, el coloquio entre Solnes e Hilda.

Solnes.—Pero yo me equivoqué. El tenía razón. Edificar hogares para los hombres no vale la pena.

Hilda.—¿Y ahora usted no quiere construir nada nuevo?

Solnes.—Precisamente ahora es cuando quiero empezar. Y quiero edificar lo único en que consiste la dicha del hombre. Yo le diré: Escucha, Todopoderoso, y juzga como quieras. Pero desde este momento yo voy a construir lo más maravilloso del mundo, construir junto con la princesa que amo. ⁽¹⁾

Es ésta, pues, la respuesta de Ibsen. *La vida, que es más que la creación, es la dicha personal.*

Bien, pero en ninguno de los dramas citados triunfa el ideal de la vida: *Solnes* llega a la cima de la torre, pero cae y muere. *Rosmer* y *Rebeca* (*Rosmerholm*) libres para entregarse uno a otro, se suicidan; *Rubek* e *Irene*, llegan a la cima de una alta montaña, pero mueren bajo la violencia de un huracán. *Asta* (*El pequeño Eyolf*), tal vez el más admirable tipo de mujer creado por Ibsen, se resigna y sacrifica su dicha personal por no destruir la ajena.

El tema que discutimos, dió origen a obras de otros autores célebres, y tampoco en estas obras triunfa el ideal de la vida. (*Los solita-*

(1) Menos materia nos daría el estudio de la crisis que costó la vida a *Borkman* y *Rosmer* (*Djon Borkman* y *Rosmerholm*.)

rios de Hauptmann, *La nieve* del autor polaco Pschebischewsky). En *Gioconda* de d'Annunzio triunfa este ideal, pero es un triunfo que se parece más bien a la derrota.

No es, pues, casual el fracaso del ideal de la vida y debemos preguntarnos por sus causas posibles.

Nos aclarará el problema el análisis de *Solnes el constructor*.

Imaginemos por un momento, que Solnes llegó a la cima de la torre, y tuvo allí con el Dios-Misterioso la conversación que tenía preparada: "Escucha, Todopoderoso, y juzga como quieras: desde este momento yo voy a construir lo más maravilloso del mundo, construiré junto con la princesa que amo", y bajó de la torre sano y salvo, y triunfante se dirigió a su princesa para construir con ella el palacio de su dicha.

Esto sería un final trivial y vulgar. El espectador jamás perdonaría a Solnes e Hilda las lágrimas de la mujer de Solnes, de esta pobre mujer, madre de hijos muertos e hijos no nacidos. (1)

Pero Solnes que llegó a la cima y ya tuvo esta rara dicha de conversar con Dios frente

(1) La mujer de Solnes ha perdido sus dos hijos en la circunstancia trágica del incendio de su casa natal, que dió motivo a Solnes de empezar su obra constructora y que gravó su conciencia con un peso tal, que ya no pudo echar de sí. En un dolor sin límites Solnes se resigna aparentemente por la muerte de sus hijos y llora la desaparición de sus muñecas, que representaron para ella los hijos no nacidos. Su coloquio con Hilda al respecto es una de las más bellas páginas que he leído en Ibsen.

a frente, pudo haberle hablado de algo más importante que de su princesa amada.

Inmagino la siguiente variante del final de *Solnes el constructor*.

Solnes baja de la torre y en lugar de dirigirse a Hilda, la mira con una sonrisa bondadosa y nueva, y con la misma sonrisa se dirige a su mujer, a Ragner, al médico, y para todos se vuelve claro que algo pasó con él allí en la cima, algo misterioso y raro, y este misterio brilla en sus ojos, ilumina su frente, llena todo su ser, que parece renovado.

Y ya que el dramaturgo busca el efecto final, ⁽¹⁾ Hilda que bien ha comprendido la transformación que se verificó en Solnes, grita exaltada: Luz, mirad luz alrededor de su frente.

Y lo que el dramaturgo tal vez no hubiera dicho, pero que sería claro para el espectador atento:

Solnes encontró en la cima su salvación en la grandeza, en una nueva grandeza, que él tan ansiosamente buscaba, y que se le ha presentado en la imagen de Hilda, en la grandeza de Dios grande, al que encontró en lo más profundo de su alma, en el alma de su mujer, de Hilda, de Ragner, de todo lo que florece y de todo lo que vive en el alma de todo el Universo.

(1) Véase el final de *Solnes el constructor*.

*

Hay, pues, vida y vida.

Hay otra vida que no es la vida personal: es la *vida cósmica*.

Y el tránsito de la creación es sólo posible a esta última, y no a la vida-dicha personal.

El hombre que empezó a dudar en la creación puede llegar a creer en el saber.

Crear en el vasto sentido de la palabra es dividir, separar, limitar, individualizar, es llenar el mundo de un sinnúmero de cosas y objetos, *saber* en el pleno sentido de la palabra es unir, unificar, destruir los límites, confundir todo en un solo Todo.

De la creación resulta la variedad; del saber (mejor dicho de la sabiduría), la unidad.

Y en el hombre existen las dos tendencias: hacia la variedad y hacia la unidad.

Y cuando se le agotan las fuerzas en una vida variada, múltiple, llena de deseos y de pasiones, todavía le queda una salvación posible: en la unidad está la paz.

Y en su propio ser encontraría una fuente inagotable de una luz nueva, que es el amor hacia todo lo que existe y vive.

Esta transformación, o resurrección a una nueva vida, no es nada fácil, no se produce por un solo acto, y no siempre presenta el resultado de un trabajo consciente del alma. En el nuevo camino de la vida nueva el hombre ouede empezar a andar con pasos inseguros

y vacilantes, ansiosamente va a lanzar su mirada al rededor, buscando apoyo y salvación en lo que anteriormente a la crisis le dió vida, renegará con frecuencia de su nuevo mundo de ideas, sométiéndolas a pruebas difíciles, hasta que llegará a la seguridad, al equilibrio y a la paz.

Es que aquella vida, la primera, la de la variedad, la de la creación era indudablemente bella, llena de sol y de luz y de alegría.

Cuando despertemos de la muerte, a Rubek le inunda la belleza de aquella vida sólo con sus recuerdos.

Irene no es más que una sombra de la verdadera Irene, que le sirvió de modelo para su obra perfecta, es casi un fantasma, y en el alma de Rubek también han muerto muchas cuerdas que vibraban antes, pero un encuentro fatal despierta todo el pasado, y sin fuerzas ya para la vida anterior, y sin capacidad para una vida nueva, Rubek e Irene sucumben.

Es que la gran mayoría de los hombres pertenece a aquel grupo que "nacen y renacen" y no a aquel que "nacen una vez y para siempre" (W. James: Fases del sentimiento religioso). Y al renacimiento precede la muerte; no debe ser fatalmente la muerte del individuo, puede ser solamente la de alguna parte de su "yo".

Y el renacimiento es la restitución de la vida del "yo" con nuevos elementos, con nuevas fuerzas. Y este renacimiento es difícil.

Al concepto cósmico de la vida se llega más fácil por la razón que por el cariño. Mientras que con la razón se abarca ya todo, el cariño sólo paso a paso ensancha su dominio.

Lo que es tan atractivo en los dramas de Ibsen, a que hacemos referencia, es que en ellos no se trata de un amor vulgar, sino de un amor-cariño, como en la admirable novela de Anatole France: *Le crime de Silvestre Bonnard, membre de l'Institut*, como en *Resurrección* de Tolstoy.

Este amor-cariño posee la capacidad de extenderse, de multiplicarse, de intensificarse hasta lo infinito, pero llega a este resultado por el único camino posible: es el mismo camino que llevó a Rubek y Solnes a la catástrofe, es un dolor que no conoce límites.

M. KANTOR.

La Plata.

(*Nosotros*. Buenos Aires.)

De una encuesta

1. ¿Cuál debe ser la finalidad principal de la enseñanza primaria?

2. ¿Cuál su extensión?

Señor Arturo R. Díaz, Director de "Alrededor de la Escuela".

Distinguido señor y amigo:

Con referencia a la encuesta formulada por al REVISTA DE EDUCACIÓN, de La Plata, tengo el gusto de contestarle lo siguiente:

1º En términos abstractos, la misión de la Escuela es contribuir con la familia a dirigir el desarrollo del niño y su adaptación al medio, de acuerdo con los fines o valores de la educación. Prácticamente, la escuela debe dirigir aquellas actividades que son fundamentales para la vida del niño y la preparación de éste para la vida del adulto. Formando una jerarquía de valores utilitarios, a tenor de las necesidades infantiles, las actividades más importantes para la escuela son: 1ª las que aseguran la conservación de la vida ("cuidados higiénicos, ejercicio físico"); 2ª las que contribuyen al bienestar y orden de la sociedad humana ("conducta moral"); 3ª las que sirven para comunicarnos con nuestros semejantes ("lectura, escritura, lenguaje, dibujo"); 4ª las que sirven de preparación para la educación vocacional ("guía vocacional, educación prevocacional"); y 5ª las que nos sirven para conocer el medio ("ciencias físicas y naturales, historia y geografía, matemáticas").

2º Los límites y la extensión de la escuela primaria son convencionales. No obstante, por consideraciones de carácter psicológico y pedagógico sería conveniente dedicar la educación primaria a la segunda niñez (desde los seis a los once o doce años). De este modo la escuela sería una continuación del kindergarten (de 3 a 6 años) y una preparación para la educación del adolescente (de 12 a 18 años).

Suyo afectísimo amigo,

A. M. AGUAYO

Vedado, 7 de Diciembre de 1915.

COLECCION ARIEL

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO EN CUADERNOS QUINCENALES POR

J. GARCIA MONGE

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Condiciones:

La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): ₡ 3.00.

La serie de 12 cuadernos (en el Extranjero): \$ 2.00 oro am.

Número suelto: ₡ 0.25

La "Colección Ariel" en el exterior

COLECCIÓN ARIEL. SAN JOSÉ DE COSTA RICA

(EDITOR: J. GARCÍA MONGE.)

El editor de esta colección viene realizando desde hace años obra muy meritoria de difusión literaria y de cultura general. Al propio tiempo que hace comunar los espíritus en la belleza y en el bien, realiza la encomiable tarea de hacer conocer los pensadores y poetas de los diferentes países americanos, generalmente desconocidos en los otros países que el de su origen.

Para ello no ha necesitado valerse de material inédito. Sus libritos son hermosos "mosaicos", seleccionados con criterio inteligente y buen gusto, y traen un rico material de lectura: literatura en general y política internacional. Ha publicado varios cuadernos y numerosos artículos de nuestros mejores escritores.

A veces se insertan trozos de crítica de autores, se recomiendan los buenos libros, y trae un interesante repertorio bibliográfico.

(De "VERBUM. Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras". Buenos Aires. Rep. Arg.)

COLECCION ARIEL

La piedad de la pluma

QUIZAS no haya en el vocabulario universal—en esta infinita variedad de idiomas en que los hombres expresan sus ideas—una palabra más hermosa que ésta: piedad. Porque ella representa esa dulce compasión del espíritu hacia nuestros semejantes, y es a la manera del agua cristalina entre las arideces del desierto. El agua es la piedad de la naturaleza: la piedad es el agua del espíritu.

Los antiguos, que gustaban de representar todo lo abstracto, simbolizaban la piedad en la cigüeña, el ave sagrada, que forma su nido en los viejos campanarios de las catedrales y en las casas de los hombres.

La cigüeña es el alma del pasado es la piedad, es el amor ya ido....

Blanca, como debe serlo la piedad, ella tiene en su pico la flor roja de la misericordia, que es amor y es dulzura....

¡Cuán pocos hombres, sin embargo, buscan el placer inefable que da la piedad a

La piedad de la pluma

QUIZAS no haya en el vocabulario universal—en esta infinita variedad de idiomas en que los hombres expresan sus ideas—una palabra más hermosa que ésta: piedad. Porque ella representa esa dulce compasión del espíritu hacia nuestros semejantes, y es a la manera del agua cristalina entre las arideces del desierto. El agua es la piedad de la naturaleza: la piedad es el agua del espíritu.

Los antiguos, que gustaban de representar todo lo abstracto, simbolizaban la piedad en la cigüeña, el ave sagrada, que forma su nido en los viejos campanarios de las catedrales y en las casas de los hombres:

*La cigüeña es el alma del pasado
es la piedad, es el amor ya ido....*

Blanca, como debe serlo la piedad, ella tiene en su pico la flor roja de la misericordia, que es amor y es dulzura....

¡Cuán pocos hombres, sin embargo, buscan el placer inefable que da la piedad a

los espíritus, y cuán pocos refrescan sus labios en el agua dulce y cristalina de la misericordia! ¡Y es con la pluma—ese instrumento hecho para batallar por la justicia—con lo que principalmente se rasgan las carnes virginales de la piedad humana para verter sobre ellas el plomo derretido de todas las pasiones; Tomad la pluma: combatid con ella, como los paladines de la edad heroica; pero no hagáis de ella, que es espada refulgente, puñal de aventureros o venablo enherbolado de sicarios.

Tomad la pluma: ella alumbra y vivifica, pero no hagáis de esa chispa luminosa la tea incendiaria que el mundo horrorizado vió un día en las manos de aquel a quien llamaba Tácito *incredibilium cupitor*, hambriento de lo increíble.

Sed implacables, si quereis, con las ideas, pero buenos con los hombres, como lo fué el Samaritano que ungió las heridas de su enemigo con el óleo santo de la misericordia.

¿Sentís odio? ¡Pero si el odio es una deformidad de los espíritus, y aun en tal caso echad siquiera sobre la desnudez de su cuerpo contrahecho el manto diáfano de la piedad humana!

Y al trazar una página, una frase, acordaos de aquel noble poeta llamado Maurice

de Guérin, que interrumpió una noche una de sus más bellas páginas porque temió, dice, que el ruido de su pluma pudiese interrumpir el sueño de un átomo. Y del sueño de un átomo al de un hermano vuestro hay la misma diferencia que entre la molécula invisible y uno de esos astros que vierten la piedad de su luz sobre la tierra.

(Cromas. Bogotá.)

RICARDO NIETO

de Guerin, que interrumpió una noche una de sus más bellas páginas porque temió, dice, que el ruido de su pluma pudiese interrumpir el sueño de un átomo. Y del sueño de un átomo al de un hermano vuestro hay la misma diferencia que entre la molécula invisible y uno de esos astros que vierten la piedad de su luz sobre la tierra.

(Cromos. Bogotá.)

RICARDO NIETO

Sugerir ideales

EN el alma de cada uno, y en el alma de todos, los ideales son astros que nos guían, como a los reyes magos, hacia la meta de nuestros destinos. Son aquellos sentimientos dominantes que dan unidad a nuestros actos, sinceridad a nuestras empresas y ruta a nuestras vidas. Navegantes o náufragos de los mares de la miseria humana, ¿qué mejores dones podríamos apetecer de la educación que una estrella polar, que a través de las tormentas nos señale directa o indirectamente el rumbo hacia los puertos?

Aunque no se me oculta que esos ideales nacen con el hombre y son producto, ante todo, de su herencia psíquica, creo que también la educación puede "formarlos". La educación, ya que no es parte a *crear*, puede *encauzar* las remotas *aspi-*

raciones designándoles fines concretos: ello es lo que llamo *sugerir ideales*.

El hombre obra siempre bajo la influencia, fausta o infausta, de sus ideales, positivos o negativos. Podrán ser el hombre y el amor, o sean, el individuo y la especie, los dos únicos resortes primitivos de su psicología; pero esa psicología, afinada y refinada en millones de generaciones, transformando en su evolución sus primeros instintos, presenta hoy en el hombre civilizado, sobre todo en *l'elite*, infinitas facultades de alta sensibilidad. Dar a esas facultades bellos objetivos de eficaz utilidad para la felicidad de todos y cada uno, es el fin de la *sugestión de ideales*.

Para *sugerir ideales* nada más eficaz que el hogar. Por esto, el hogar es irremplazable. Por esto la educación que se recibe en la casa paterna es, en importancia como en tiempo, la primera. Ningún poder mayor de sugestión que el de los padres en los tiernos años de la infancia. ¡La madre no sugestiona, fascina!... Una Blanca de Castilla forma un San Luis, rey de

razones designándoles fines concretos: ello es lo que llamo *sugerir ideales*.

El hombre obra siempre bajo la influencia, fausta o infausta, de sus ideales, positivos o negativos. Podrán ser el hombre y el amor, o sean, el individuo y la especie, los dos únicos resortes primitivos de su psicología; pero esa psicología, afinada y refinada en millones de generaciones, transformando en su evolución sus primeros instintos, presenta hoy en el hombre civilizado, sobre todo en *l'elite*, infinitas facultades de alta sensibilidad. Dar a esas facultades bellos objetivos de eficaz utilidad para la felicidad de todos y cada uno, es el fin de la *sugestión de ideales*.

Para *sugerir ideales* nada más eficaz que el hogar. Por esto, el hogar es irremplazable. Por esto la educación que se recibe en la casa paterna es, en importancia como en tiempo, la primera. Ningún poder mayor de sugestión que el de los padres en los tiernos años de la infancia. ¡La madre no sugestionna, fascina!... Una Blanca de Castilla forma un San Luis, rey de

Francia; una Lady Byron hace la desgracia de un Lord Byron....

Las ideas cambian más que los sentimientos; la inteligencia del hombre es la inteligencia del niño; pero el corazón del hombre es el corazón del niño. Si el campo del progreso presenta como sus últimas capas las fértiles llanuras de aluvión del movimiento económico y si sus estratificaciones, bases inmediatas, son la alta cultura, su primer cimiento geológico es el hogar. El primer cimiento del hogar es el corazón del hombre, y el corazón del hombre es el corazón del niño!...

Para formar el corazón del niño después del hogar está la escuela.

La escuela es una segunda madre. Es una *concomitante* de la acción del hogar. Puede aún reemplazar a los padres, como Cirineo a Jesús en la cuesta del Calvario.... Y si la instrucción pública no interviene tan directamente como los padres a formar el corazón de sus educandos, indirectamente lo puede.... Puede intervenir en los hogares *del futuro*, ten-

diendo a arraigar en el alma de los jóvenes el ideal del hogar.... Sugiriendo el ideal del hogar.... ¿Cuáles hechos demostrarían mejor que éstos la trascendencia de aquella rama de la pedagogía que llamo sugerimiento o "sugestión de ideales"?

Un ideal es un deseo. *Querer es poder*, dice un refrán en castellano. "Querer es hacer" dice con tanta mayor energía germánica, un refrán alemán. *Wollen ist machen!* Luego sugestionar ideales es *preparar hechos*.

Los ideales que se deben sugerir a la juventud, son: *abstractos y concretos*. Abstractos, las nociones de *ética y estética*; concretos los modelos de *individuo, patria y progreso*.

¿Cómo sugerirlos? ¿Hay quien lo ignore? El ejemplo, siempre el ejemplo, en todos los detalles de la vida, en la conducta de los mayores, en la crítica, en la anécdota, en el cuento, obrando como una continua gota de agua sobre la sensibilidad y la memoria del niño, acaba por dejar en su espíritu hondo rastro: el concepto del

diendo a arraigar en el alma de los jóvenes el ideal del hogar.... Sugiriendo el ideal del hogar.... ¿Cuáles hechos demostrarían mejor que éstos la trascendencia de aquella rama de la pedagogía que llamo sugerimiento o "sugestión de ideales"?

Un ideal es un deseo. *Querer es poder*, dice un refrán en castellano. "Querer es hacer" dice con tanta mayor energía germánica, un refrán alemán. *Wollen ist machen!* Luego sugestionar ideales es *preparar hechos*.

Los ideales que se deben sugerir a la juventud, son: *abstractos y concretos*. Abstractos, las nociones de *ética y estética*; concretos los modelos de *individuo, patria y progreso*.

¿Cómo sugerirlos? ¿Hay quien lo ignore? El ejemplo, siempre el ejemplo, en todos los detalles de la vida, en la conducta de los mayores, en la crítica, en la anécdota, en el cuento, obrando como una continua gota de agua sobre la sensibilidad y la memoria del niño, acaba por dejar en su espíritu hondo rastro: el concepto del

bien y del mal. Repítasele y demuéstresele hasta el cansancio, en todas las ocasiones, en todos los momentos, ya directa, ya indirectamente, que entre un hombre bueno y un hombre malo media un abismo: ¡el de la felicidad! Conocido el bien, el niño terminará por amar el bien, es decir, por poseer el ideal del bien.... Y cuídese de que ninguna autoridad alabe o se jacte en su presencia de triunfos del desenfreno, del juego, del fraude, en fin, del vicio, porque ello puede sugerirle *contra ideales* que encarnen en su vida la tentación y el mal. Armesele poderosamente en su imaginación a su Angel Bueno, para que cuando allá, en los páramos de su alma, le trabé batalla su Angel Malo, aquél lo venza y lo derrumbe en la sombra con su espada de fuego....

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

Buenos Aires.—1915

(Ateneo de El Salvador, San Salvador.)

El sueño de la Monarquía universal

UN profesor noruego, Collins, de la Universidad de Cristianía, ha tenido la fortuna de emplazar la actual guerra en su verdadera perspectiva histórica. Según Collins, la historia militar de la Europa moderna se mueve dentro de grandes líneas monumentales que ya empiezan a destacarse con toda claridad. En el curso de cuatro siglos se ha dado cuatro veces el caso de que un Estado europeo se haya sentido con poder bastante para luchar por el predominio en Europa y por tanto, en el mundo: la España de Felipe II; la Francia de Luis XIV; la Francia de Napoleón I, y, por último, la Alemania de Guillermo II.

Las cuatro veces se han cobijado los Estados militares menos poderosos para evitar la constitución de un nuevo Imperio Romano, fundado en la conquista. Por tres veces han vencido los coaligados, gracias a la ayuda de Inglaterra. Las cuatro veces se han decidido estas luchas en las primeras décadas del siglo correspondiente.

La guerra actual estalló en 1914. La Paz de París, que puso término a la ambición de la Francia napoleónica, se firmó en 1815. La Paz de Utrecht, en que se frustraron las ambiciones de

El sueño de la Monarquía universal

UN profesor noruego, Collins, de la Universidad de Cristianía, ha tenido la fortuna de emplazar la actual guerra en su verdadera perspectiva histórica. Según Collins, la historia militar de la Europa moderna se mueve dentro de grandes líneas monumentales que ya empiezan a destacarse con toda claridad. En el curso de cuatro siglos se ha dado cuatro veces el caso de que un Estado europeo se haya sentido con poder bastante para luchar por el predominio en Europa y por tanto, en el mundo: la España de Felipe II; la Francia de Luis XIV; la Francia de Napoleón I, y, por último, la Alemania de Guillermo II.

Las cuatro veces se han cobijado los Estados militares menos poderosos para evitar la constitución de un nuevo Imperio Romano, fundado en la conquista. Por tres veces han vencido los coaligados, gracias a la ayuda de Inglaterra. Las cuatro veces se han decidido estas luchas en las primeras décadas del siglo correspondiente.

La guerra actual estalló en 1914. La Paz de París, que puso término a la ambición de la Francia napoleónica, se firmó en 1815. La Paz de Utrecht, en que se frustraron las ambiciones de

Luis XIV, se firmó en 1713. Un siglo antes firmó Felipe III la paz con Inglaterra (1604) y la tregua con Holanda (1609). En ellas venía a renunciar España a su sueño de Monarquía universal.

Un proverbio inglés dice que más vale haber querido un imposible y fracasado en el objeto de nuestro querer, que no haber querido. Y Martín Hume ha dicho de España que "el orgullo de la inolvidada historia endulza los golpes de la fortuna adversa". Pero, ¡qué sé yo! En cambio, Dante aseguraba que el mayor dolor es acordarse en la pena presente del goce pretérito. Y de otra parte no cabe duda de que, a pesar de todo, los actuales españoles viven y piensan mejor que los contemporáneos de Felipe II.

El caso es que por tres veces ha naufragado en la Europa moderna el sueño de la Monarquía universal. En cada uno de estos casos se han coaligado diversas potencias para hacerlo imposible. Las potencias coaligadas han sido cada vez distintas. Sólo Inglaterra ha sido un factor permanente, colocado siempre del lado de la coalición defensiva. Y ahora también está concentrando la totalidad de sus energías para evitar que un solo Estado se haga omnipotente.

Lo probable es que también esta vez fracase el sueño de la Monarquía universal. Lo probable, también, es que esta sea la última vez que aparezca en la historia europea el sueño de la Monar-

quía universal, como no resurja dentro de cien años en el Imperio ruso.

En cada uno de estos casos ha luchado Inglaterra por sus propios intereses; pero al mismo tiempo por los de toda la familia europea. Y, sin embargo, los hombres nos encaminamos poco a poco hacia la constitución de un Estado mundial. ¿Por qué, entonces, la disputa?

Porque lo que disputamos es la constitución que ha de darse al Estado mundial. El Estado nacional más poderoso ha tratado en estos cuatro siglos de imponer su propia constitución a los demás Estados, mediante un régimen de "ascendencia", de hegemonía, de autoridad. Esto es lo que ha evitado Inglaterra con su política de equilibrio.

Pero cabe también otra forma de Estado mundial, a base de confederación, y en que se excluya la idea de la superioridad de un Estado determinado. Esta forma de Estado mundial es de realización más difícil que la fundada en una hegemonía, porque para ésta tenemos siempre el modelo del Imperio romano, mientras que para la confederación no tenemos más que un boceto de modelo: el constituido por la Hélade.

La Hélade se fundaba más en el conocimiento de la Ilíada, que era común a todos los pueblos de la antigua Grecia, que no en ninguna clase de lazos políticos. A falta de un Homero, en que

quía universal, como no resurja dentro de cien años en el Imperio ruso.

En cada uno de estos casos ha luchado Inglaterra por sus propios intereses; pero al mismo tiempo por los de toda la familia europea. Y, sin embargo, los hombres nos encaminamos poco a poco hacia la constitución de un Estado mundial. ¿Por qué, entonces, la disputa?

Porque lo que disputamos es la constitución que ha de darse al Estado mundial. El Estado nacional más poderoso ha tratado en estos cuatro siglos de imponer su propia constitución a los demás Estados, mediante un régimen de "ascendencia", de hegemonía, de autoridad. Esto es lo que ha evitado Inglaterra con su política de equilibrio.

Pero cabe también otra forma de Estado mundial, a base de confederación, y en que se excluya la idea de la superioridad de un Estado determinado. Esta forma de Estado mundial es de realización más difícil que la fundada en una hegemonía, porque para ésta tenemos siempre el modelo del Imperio romano, mientras que para la confederación no tenemos más que un boceto de modelo: el constituido por la Hélade.

La Hélade se fundaba más en el conocimiento de la *Iliada*, que era común a todos los pueblos de la antigua Grecia, que no en ninguna clase de leyes políticas. A falta de un Homero, en que

todos los hombres nos sintamos partícipes, será preciso que descubramos los principios jurídicos en que pueda fundarse esa Héliade futura, constituida por todas las naciones de la tierra.

Esta obra no es imposible. Si no fuera tan breve el compás de un artículo, podría quizá desde ahora bosquejar los principios jurídicos en que ha de fundarse la Héliade futura. En realidad, se hallan ya inventados. El día en que los hombres renuncien a las ideas de autoridad y de libertad—ambas subjetivas— como fundamentos del derecho, caerán en la cuenta de que el derecho sólo se debe fundar en la función.

En otras palabras. Dada una función cualquiera—profesor, labrador, pintor, músico o padre de familia—, a esa función corresponden los derechos que se determinen. Pero si un hombre no desempeña función alguna, tampoco le corresponde ningún derecho. Y lo que se dice de los hombres se puede extender a todas las asociaciones de hombres y, por lo tanto, a los Estados.

Tienen derechos aquellas asociaciones que desempeñan funciones. No los tienen las que no desempeñan funciones o las desempeñan mal. Corresponde al poder legislativo determinar cuáles son las funciones necesarias. Corresponde al poder judicial decidir qué funciones no están desempeñadas o se hallan mal desempeñadas, y por tanto privar de sus derechos a los hombres o aso-

ciaciones de hombres que debieran desempeñarlas bien.

La mayor parte de los lectores no podrá entender estos párrafos, a pesar de que es difícil redactarlos en forma más sencilla, porque entrañan un concepto del derecho que está en pugna con los que actualmente prevalecen.

No importa. Lo fundamental, por ahora, es fijar con claridad el hecho de que el objeto de esta guerra consiste de parte de Alemania, en constituir el mundo sobre la base de una Monarquía universal, y, de parte de los Aliados, en hacer que este intento se frustre.

Y el día en que se vea que no es posible constituir el Estado mundial a base de autoridad y tanto tieso, y que tampoco es posible constituirlo a base de libertad, porque constitución es lo que obliga a hacer o no hacer determinadas cosas, mientras que libertad es lo que faculta para hacer o no hacer tales o cuales cosas..., con lo cual dicho queda que con la sola libertad nada se constituye....

—Bueno. Pues el día en que hayan fracasado definitivamente los principios de autoridad y de libertad, se verá que una sociedad de hombres, o una sociedad de sociedades, sólo podrá ser justa cuando se establezca sobre el principio de función.

Pero lo urgente, por ahora, es que se frustre el sueño de la Monarquía universal.

RAMIRO DE MAEZTU

ciaciones de hombres que debieran desempeñarlas bien.

La mayor parte de los lectores no podrá entender estos párrafos, a pesar de que es difícil redactarlos en forma más sencilla, porque entrañan un concepto del derecho que está en pugna con los que actualmente prevalecen.

No importa. Lo fundamental, por ahora, es fijar con claridad el hecho de que el objeto de esta guerra consiste de parte de Alemania, en constituir el mundo sobre la base de una Monarquía universal, y, de parte de los Aliados, en hacer que este intento se frustre.

Y el día en que se vea que no es posible constituir el Estado mundial a base de autoridad y tanto tieso, y que tampoco es posible constituirlo a base de libertad, porque constitución es lo que obliga a hacer o no hacer determinadas cosas, mientras que libertad es lo que faculta para hacer o no hacer tales o cuales cosas..., con lo cual dicho queda que con la sola libertad nada se constituye....

—Bueno. Pues el día en que hayan fracasado definitivamente los principios de autoridad y de libertad, se verá que una sociedad de hombres, o una sociedad de sociedades, sólo podrá ser justa cuando se establezca sobre el principio de función.

Pero lo urgente, por ahora, es que se frustre el sueño de la Monarquía universal.

RAMIRO DE MAEZTU

El descubrimiento de América

EL descubrimiento de las Indias Occidentales, es, pues, una gloria genuinamente española, siquiera sea de origen dudoso el oscuro marino que ha venido a ser de ella partícipero. Fué Isabel de Castilla quien, bajo la inspiración del Cardenal Mendoza y de Fray Pérez de Marchena, sus directores espirituales, autorizó la gigantesca odisea en busca de la fantástica tierra de la Atlántida. Fué ella quien, movida de grande ideal patriótico y de grande ideal religioso, arrastró a Fernando a concluir con Cristóbal Colón, luego de rendido el reino moro de Granada, las capitulaciones en virtud de las cuales le investían de los poderes necesarios para acometer la ardua empresa y suministrábale los medios idóneos para realizarla. Y fueron, en fin, súbditos suyos, como los Pinzones, quienes pilotearon las naves que conducían el nauta sin segundo en su temerario viaje, que ponía espanto en el corazón de los otros pueblos.

Las hazañas que luego llevaron a cabo los españoles en la conquista del Nuevo Mundo sobre-

pujan a toda ponderación. Balboa descubre el Mar Pacífico; Sebastián Elcano lo recorre el primero en toda su extensión y circunnavega el hemisferio austral, tornando a Europa por el Cabo de las Tormentas, que por vez primera despuntó en 1497 el arrestado marino portugués Vasco de Gama. Francisco Pizarro, con un puñado de soldados, sojuzga el poderoso Imperio de los Incas; Hernán Cortés, con otro golpe de gente, sujeta el gran Imperio de los Aztecas; Orellana, explora el gigantesco río de las Amazonas; Aguiar y Alvar Núñez, Irala y Nuño de Chávez, penetran en los bosques del Paraguay, someten a los pueblos salvajes y fundan ciudades por doquier.

La invención de América señala la más hermosa época en los anales del mundo, inaugura una nueva vida y precipita los más grandes progresos. Ella ha ejercitado una sensible influencia en los destinos de la humanidad, originando un cambio notable en las ideas, en las costumbres, en la navegación, en el comercio, en la industria, en las artes, en la literatura, en las ciencias y en la política. Merced a tan notable acontecimiento, la historia, que hasta entonces había sido exclusivamente griega o romana, asiática o europea, se ha hecho esencialmente universal. Rectificados los acontecimientos astronómicos y geográficos, adelantaron las ciencias naturales, co-

pujan a toda ponderación. Balboa descubre el Mar Pacífico; Sebastián Elcano lo recorre el primero en toda su extensión y circunnavega el hemisferio austral, tornando a Europa por el Cabo de las Tormentas, que por vez primera despuntara en 1497 el arrestado marino portugués Vasco de Gama. Francisco Pizarro, con un puñado de soldados, sojuzga el poderoso Imperio de los Incas; Hernán Cortés, con otro golpe de gente, supedita el gran Imperio de los Aztecas; Orellana, explora el gigantesco río de las Amazonas; Ayolas y Alvar Núñez, Irala y Ñuflo de Chávez, penetran en los bosques del Paraguay, someten a los pueblos salvajes y fundan ciudades por doquier.

La invención de América señala la más hermosa época en los anales del mundo, inaugura una nueva vida y precipita los más grandes progresos. Ella ha ejercitado una sensible influencia en los destinos de la humanidad, originando un cambio notable en las ideas, en las costumbres, en la navegación, en el comercio, en la industria, en las artes, en la literatura, en las ciencias y en la política. Merced a tan notable acontecimiento, la historia, que hasta entonces había sido exclusivamente griega o romana, asiática o europea, se ha hecho esencialmente universal. Rectificáronse los acontecimientos astronómicos y geográficos, adelantaron las ciencias naturales, co-

braron grande impulso la etnografía y la lingüística, y adquirieron considerable desarrollo las ciencias sociales y antropológicas. Nuevas luces trajo el estudio del hombre y reveló nuevos principios para la educación del género humano. La política salió de la esfera religiosa en que se movía para entrar en el dominio de los intereses económicos. La epopeya dejó de ser mitológica o legendaria, teológica o caballeresca, e inspirándose en el más alto heroísmo humano, se hizo más real y más dramática en los poemas de Camoens y de Ercilla. A las incoloras descripciones de los geógrafos antiguos sucedieron los animados cuadros de la naturaleza del Barón de Humboldt, y a las églogas de la vida patriarcal los idilios románticos de Chateaubriand. Es que el hombre experimentó desde entonces una mudanza en su ser moral. Vencedor en la formidable lucha con el Océano y las tempestades, reconoció por vez primera toda la pujanza de su voluntad y toda la grandeza de su inteligencia, y comprendió que había sido él sólo, y no los invisibles dioses de los santuarios silenciosos, el autor consciente de la colosal leyenda de los siglos.

América ha venido a ser la tierra de la libertad y de la República. Los españoles trajeron a ella su enérgico espíritu de independencia y los puritanos ingleses sus creencias libres; y con estos sentimientos, arraigados en el corazón de los pue-

blos americanos, dimos existencia a nuestras libres Repúblicas. América, por sus instituciones republicanas, influye en los destinos de Europa; pero ésta, por la superioridad de su cultura y recursos, lleva a remolque a aquélla en la corriente del progreso universal. Y así como la América británica ha intimado su vida con la de su antigua metrópoli, la América española vive del fondo del alma con su madre patria, que le ha comunicado su lengua maravillosa, sus sentimientos caballerescos, su amor a la independencia y la idealidad poderosa de su rica fantasía.

Contemplamos a España como la nación más gloriosa de los tiempos modernos, que ha hecho la grandeza de todas las demás, sin beneficio alguno para sí misma. Allende el descubrimiento y colonización de un vasto continente y de tantas islas por todos los mares, ella ha prestado al Renacimiento todo el esplendor y la exhuberancia de su genio prodigioso, que representaban entonces en las ciencias Luis Vives y Miguel Servet; en las artes plásticas, Velázquez y Murillo, Goya y Alonso Cano, y en las letras, Tirso de Molina y Lope de Vega, Cervantes y Calderón, los cuales, unidos a muchos otros, crearon su grandiosa y original literatura, fuente de inspiración para los clásicos franceses, y manantial de sabiduría para la docta Alemania. Y si bien es cierto que España, no habiendo querido sobrepasar

blo americanos, dimos existencia a nuestras libres Repúblicas. América, por sus instituciones republicanas, influye en los destinos de Europa; pero ésta, por la superioridad de su cultura y recursos, lleva a remolque a aquélla en la corriente del progreso universal. Y así como la América británica ha intimado su vida con la de su antigua metrópoli, la América española vive del fondo del alma con su madre patria, que le ha comunicado su lengua maravillosa, sus sentimientos caballerescos, su amor a la independencia y la idealidad poderosa de su rica fantasía.

Contemplamos a España como la nación más gloriosa de los tiempos modernos, que ha hecho la grandeza de todas las demás, sin beneficio alguno para sí misma. Allende el descubrimiento y colonización de un vasto continente y de tantas islas por todos los mares, ella ha prestado al Renacimiento todo el esplendor y la exhuberancia de su genio prodigioso, que representaban entonces en las ciencias Luis Vives y Miguel Servet; en las artes plásticas, Velázquez y Murillo, Berruguete y Alonso Cano, y en las letras, Tirso de Molina y Lope de Vega, Cervantes y Calderón, los cuales, unidos a muchos otros, crearon su grandiosa y original literatura, fuente de inspiración para los clásicos franceses, y manantial de sabiduría para la docta Alemania. Y si bien es cierto que España, no habiendo querido sobreseer

de su política religiosa, en pugna con la Reforma, háse visto obligada a apearse de su grandeza, con todo, puede afirmarse que ella, víctima propiciatoria de la civilización, sólo ha cedido a la fatiga producida por sus trabajos de Hércules y al peso de sus propias glorias.

El inmenso Imperio español desmembróse, pues, como se han desecho otros grandes colosos, en virtud de las leyes inflexibles de la historia; mas no para extinguirse como éstos, sino para formarse una multitud de Repúblicas que circuyen la sien de la madre patria a manera de una corona de estrellas. Este suceso, lejos de agotar las fuerzas de la valerosa España, redobló sus energías infundiéndole nuevos y más poderosos alientos, de tal suerte, que ella, haciendo un llamamiento al nunca desmentido patriotismo de sus hijos en el momento solemne de sus grandes desventuras, resurgió luego a los conjuros de la libertad para volver a brillar con más hermoso fulgor, cual astro de primera magnitud, en el cielo del arte y de la ciencia.

CECILIO, BAEZ

Asunción, 12 de octubre de 1915.

(De *Unión Ibero Americana*. Madrid.)

El pájaro maravilloso

Último día del Imperio azteca

"Yo traeré sobre vosotros una nación de lejos; una nación robusta y antigua; una nación cuya lengua no entenderéis. Talará vuestras mieses y devorará vuestros hijos e hijas".

Jeremías.

De los lagos, entre cuyas tranquilas aguas asomaban de vez en cuando sus achata-
das cabezas los cocodrilos, de los jardines de peregrina flora y fastuosa arborescencia, en cuyas ramas se posaban las aves de irisados plumajes que robaban a las flores sus polí-
cromos matices y a cuyos tallos se enroscaban las serpientes de aplastadas testas y triangulares pupilas, arrancaban las escaleras de basalto que llevaban a las plataformas superiores en que cuadradas columnas de negro mármol y jade negro, incrustadas de caimanes de oro y aspides de nácar, servían de soporte a nuevas escaleras, éstas cubiertas de tapices de lana y plumas, que conducían a otras plataformas, revestidas de ébano y azabache, en que se elevaba en todo su magnífico y trágico horror, bajo el templete de oro y de pedrerías, el dios Coatlicue, Huitzilopochtli, señor de la guerra y de

El pájaro maravilloso

Último día del Imperio azteca

"Yo traeré sobre vosotros una nación de lejos; una nación robusta y antigua; una nación cuya lengua no entenderéis. Talaré vuestras mieses y devorará vuestros hijos e hijas".

Jeremías.

DE los lagos, entre cuyas tranquilas aguas asomaban de vez en cuando sus achata-
das cabezas los cocodrilos, de los jardines de peregrina flora y fastuosa arborescencia, en cuyas ramas se posaban las aves de irisados plumajes que robaban a las flores sus polí-
cromos matices y a cuyos tallos se enroscaban las sierpes de aplastadas testas y triangulares pupilas, arrancaban las escaleras de basalto que llevaban a las plataformas superiores en que cuadradas columnas de negro mármol y jade negro, incrustadas de caimanes de oro y áspides de nácar, servían de soporte a nuevas escaleras, éstas cubiertas de tapices de lana y plumas, que conducían a otras plataformas, revestidas de ébano y azabache, en que se elevaba en todo su magnífico y trágico horror, bajo el templete de oro y de pedrerías, el dios Colibrí, Huitzilopoztli, señor de la guerra y de

la crueldad, alimentado de la sangre de los vencidos, cuyos corazones palpitantes le eran ofrendados en holocausto. Sentábase el dios en su trono de plata sobre el globo terráqueo; al cuello un collar de corazones humanos; en la diestra las flechas, rodeábanle de enfurecidas sierpes. Era espantoso y magnífico, inundo y maravilloso; era, como son todos los dioses, la fusión del espanto supremo con la suprema belleza, la Vida y la Muerte, un monstruo, en fin, pues que los hombres sólo a los monstruos rinden pleitesía.

La vida entera de Méjico, la vida cuya médula constituían la crueldad y el heroísmo, la vida que era, refugiada en el perdido paraíso oculto a los *hombres blancos y barbudos*, como un reflejo de las viejas civilizaciones de maravilla, todo aquel arte primitivo y fastuoso que súbitamente iba a aparecerse a Cortés como se aparecen a los ojos de un niño las miniadas estampas de un libro fabuloso en que durmieran los secretos de los Vedas y los prodigios de la Biblia, tenía su hora suprema. Primero que *saber*, los hombres *presienten*; el Destino, como su hermana la Muerte, antes de vernos juega con nosotros, nos mima, nos arrulla. Y ante el altar de su dios aquellos hombres sin saber, sabían sin embargo.

Era algo muy solemne y muy grande. Los ascerdotes, los dignatarios, los guerreros heroicos se inclinaban ante el altar como ante un misterio nuevo y esperaban que la hora

suprema sonara en el reloj de la fatalidad. Esperaban el misterio extraño, *lo que tenía que suceder*, el Mesías, el Paraclete, el Prometido de todas las religiones, el que se anunciaba con las auroras rojas de los salterios.

Moctezuma, en pie, arrogante en su traza, que tenía algo de majestuoso y grave, inclinábase para ofrecer en una zalema suprema el corazón heroico del último prisionero de Atlisco. Era el *Jefe de Hombres*, de noble prestancia; tenía la faz olivácea, barbilimpia, y envolvíase en suntuosa capa o manto de traza casi griega, mientras ceñía su frente con alta tiara de oro y pedrerías. Collares de áureos cangrejos incrustados de carbunclos colgaban de su cuello.

El gesto era sobrio y magnífico. Sobre la piedra del sacrificio del gran Teocalli yacían inermes los cuerpos de los vencidos, con el pecho abierto, y sobre el ara sagrada los corazones rojos y sangrientos formaban un montón de monstruosos rubíes. La sangre noble y generosa descendía por los canalillos de asfalto, resbalaba en purpúreas cataratas por los negros escalones y goteaba en collares de granates. En las amplias plazas, en los jardines de maravilla, en las enormes avenidas que conducían al templo, apiñábase una muchedumbre engalanada de plumas, de telas teñidas de raros colorines y de sartas de cuentas de polícromos vidrios.

Llegaba el momento solemne. En aquel pueblo, más que en otro alguno, la religión

suprema sonara en el reloj de la fatalidad. Esperaban el misterio extraño, *lo que tenía que suceder*, el Mesías, el Paraceto, el Prometido de todas las religiones, el que se anunciaba con las auroras rojas de los salterios.

Moctezuma, en pie, arrogante en su traza, que tenía algo de majestuoso y grave, inclinábase para ofrecer en una zalema suprema el corazón heroico del último prisionero de Atlisco. Era el *Jefe de Hombres*, de noble prestancia; tenía la faz olivácea, barbilimpia, y envolvíase en suntuosa capa o manto de traza casi griega, mientras ceñía su frente con alta tiara de oro y pedrerías. Collares de áureos cangrejos incrustados de carbunclos colgaban de su cuello.

El gesto era sobrio y magnífico. Sobre la piedra del sacrificio del gran Teocalli yacían inermes los cuerpos de los vencidos, con el pecho abierto, y sobre el ara sagrada los corazones rojos y sangrientos formaban un montón de monstruosos rubíes. La sangre noble y generosa descendía por los canalillos de asfalto, resbalaba en purpúreas cataratas por los negros escalones y goteaba en collares de granates. En las amplias plazas, en los jardines de maravilla, en las enormes avenidas que conducían al templo, apiñábase una muchedumbre engalanada de plumas, de telas teñidas de raros colorines y de sartas de cuentas de polícromos vidrios.

Llegaba el momento solemne. En aquel pueblo, más que en otro alguno, la religión

era el símbolo de la patria, el misterioso nexo que unía a todos en un común sentir.

Moctezuma inclinábase, pues, solemne, impetrando del Colibrí la victoria, y el pueblo entero doblaba la frente como ante el misterio único.

Súbitamente sonó un trueno horrísono que hizo retemblar cielo y tierra, y por la limpi-
dez azul del firmamento pasó espantable monstruo a modo de ígnea sierpe de tres cabezas que dejaba tras de sí un reguero de fuego.

Un pajarraco negro cayó muerto sobre el altar del sacrificio; marchitáronse las flores de los jardines y las aguas de los estanques hirvieron solas.

*

Moctezuma agitóse en las inquietudes de una modorra que era pesadilla.

Sonaba.... Había descendido las negras escalinatas del templo de Colibrí, había cruzado jardines con flores de coral y de esmeralda, atravesado por huertas en que pendían manzanas de oro y cerezas de rubíes y se encontraba ahora en una llanura uniforme, gris, cenicienta. Ante ella vaciló; su voluntad y su albedrío impulsábanle a volverse atrás, pero una fuerza superior a él arrastrábale. Comenzó a caminar; la llanura hacíase cada vez más árida y yerma; una tristeza infinita pesaba como un sudario de plomo sobre todas las cosas; el cielo era pardo, negruzco; tenue neblina gris flotaba en la atmósfera; la tierra

hacíase cada vez más blanda y pegajosa, como si estuviese amasada con lodo y ceniza.

El Emperador marchaba cada vez más trabajosamente; sus pies hundíanse en el suelo y necesitaba de un gran esfuerzo para despegarlos; una angustia atroz le oprimía el pecho y helado sudor perlaba en sus sienes. De pronto, al fondo de la llanura sus ojos percibieron un lago; como negro espejo permanecía quieto; ni el más leve estremecimiento rizaba sus aguas bituminosas. Y al fondo, muy al fondo, alzándose fantasmagórica sobre él, una ciudad de maravilla, una urbe fabulosa, una armónica aglomeración de pirámides de basalto, de palacios de azabache, de nácar negro y de marfil, una esotérica población de ensueño que parecía la quimérica mansión de un dios. Moctezuma, anhelante, lleno de ansiedad, vencido de cansancio y sintiendo por momentos flaquear sus fuerzas, caminaba fatigosamente hacia ella. Acercábase al lago; ya la ciudad encantada comenzaba a dibujar sus líneas claramente, ya en el corazón del Rey germinaba la esperanza cuando, como por arte de magia, la ciudad sacudida por espantable y misterioso cataclismo derrumbóse silenciosamente y las aguas de bituminosa negrura cerráronse sobre ella. El *Jefe de Hombres* sintió una tristeza infinita conturbarle, pero ni con un gesto, ni con una palabra trató de sublevarse, sino que vencido bajó la cabeza y lloró.

hacíase cada vez más blanda y pegajosa, como si estuviese amasada con lodo y ceniza.

El Emperador marchaba cada vez más trabajosamente; sus pies hundíanse en el suelo y necesitaba de un gran esfuerzo para despegarlos; una angustia atroz le oprimía el pecho y helado sudor perlaba en sus sienes. De pronto, al fondo de la llanura sus ojos percibieron un lago; como negro espejo permanecía quieto; ni el más leve estremecimiento rizaba sus aguas bituminosas. Y al fondo, muy al fondo, alzándose fantasmagórica sobre él, una ciudad de maravilla, una urbe fabulosa, una armónica aglomeración de pirámides de basalto, de palacios de azabache, de nácar negro y de marfil, una esotérica población de ensueño que parecía la quimérica mansión de un dios. Moctezuma, anhelante, lleno de ansiedad, vencido de cansancio y sintiendo por momentos flaquear sus fuerzas, caminaba fatigosamente hacia ella. Acercábase al lago; ya la ciudad encantada comenzaba a dibujar sus líneas claramente, ya en el corazón del Rey germinaba la esperanza cuando, como por arte de magia, la ciudad sacudida por espantable y misterioso cataclismo derrumbóse silenciosamente y las aguas de bituminosa negra cerráronse sobre ella. El *Jefe de Hom-
bres* sintió una tristeza infinita conturbarle, pero ni con un gesto, ni con una palabra trató de sublevarse, sino que vencido bajó la cabeza y lloró.

Abrió los ojos, y presa de vago sobresalto miró a todas partes; tranquilizado por el contraste que ofrecía su tienda o camarín a los tristes lugares entrevistos en el sueño, sonrió, con sus ojos negros y brillantes y sus dientes de cegadora blancura. Telas rayadas de vivísimos tonos, entre los que relucían el oro, la plata y el cobre, pendían del techo, sostenidos por áurea alimaña, hibridación de ave y pez; tapices tejidos con lanas de matices chillones en que había sinembargo una bárbara armonía, cubría el suelo; pieles maravillosamente curtidas y labradas servían de asientos. En un rincón, monstruosos, absurdos y grotescos, tres bufones jugaban con varillas de oro rematadas por momificadas cabezas humanas, que con no sé qué procedimiento se habían encogido hiperbólicamente, adornadas de esmeraldas. Plumas de aves extrañas y nunca soñadas por los europeos formaban coronas en torno de sus frentes aplastadas, y collares de nigromántica orfebrería, llenos de amuletos, pendían sobre sus jorobas.

El rey volvió a sonreír. Vivía ahora esa extraña vida que han vivido cuantos el presagio saludó con su anunciación agorera de horrendos males. Al igual que Edipo al consultar al Oráculo, que Faraón al llamar a José o que más tarde la infortunada reina de Francia, al buscar el secreto del porvenir en la Cubeta de Mesmer, estaba vencido de antemano. Porque el solo hecho de interrogar al porvenir,

implica duda, y al dudar, estamos deshechos con antelación a la batalla. Lo que la Pitonisa nos diga será cierto; no porque así sea, sino porque involuntariamente nuestro espíritu prepara su advenimiento.

Incorporado en su lecho el *Jefe de Hombres* esperaba.

Esperaba no sé qué; algo que presentía trágico; aguardaba resignado algo que había de venir.

En la entrada apareció un grupo de esclavas que traían un pájaro consigo, y que doblando la rodilla, se lo ofrecían a su señor como un remedio a sus tristezas. Era un ave maravillosa; en su plumaje mezclábase el transparente azul de los zafiros con el glauco fosforescer de las esmeraldas, el caliente fulgor de los topacios con el fuego de los rubíes. Tenía larga cola de rizadas plumas y sobre la cabecita roja, roja como si la sangre hubiese llovido sobre ella, uno a modo de espejo de pluma.

El emperador tembló. ¡En aquel espejo acababa de ver reflejarse en la desolación infinita de un paisaje iluminado por amarillento rayo de sol, la ruina de Méjico!

Y mientras dejábase caer nuevamente sobre el lecho, el ave agorera perdíase en los cielos en un vuelo imprevisto.

*

Antes de empezarse una batalla, no ya cada jefe, cada soldado sabe quién ha de vencer.

implica duda, y al dudar, estamos deshechos con antelación a la batalla. Lo que la Pitonisa nos diga será cierto; no porque así sea, sino porque involuntariamente nuestro espíritu prepara su advenimiento.

Incorporado en su lecho el *Jefe de Hombres* esperaba.

Esperaba no sé qué; algo que presentía trágico; aguardaba resignado algo que había de venir.

En la entrada apareció un grupo de esclavas que traían un pájaro consigo, y que doblando la rodilla, se lo ofrecían a su señor como un remedio a sus tristezas. Era un ave maravillosa; en su plumaje mezclábase el transparente azul de los zafiros con el glauco fosforescer de las esmeraldas, el caliente fulgor de los topacios con el fuego de los rubíes. Tenía larga cola de rizadas plumas y sobre la cabecita roja, roja como si la sangre hubiese llovido sobre ella, uno a modo de espejo de pluma.

El emperador tembló. ¡En aquel espejo acababa de ver reflejarse en la desolación infinita de un paisaje iluminado por amarillento rayo de sol, la ruina de Méjico!

Y mientras dejábase caer nuevamente sobre el lecho, el ave agorera perdíase en los cielos en un vuelo imprevisto.

*

Antes de empezarse una batalla, no ya cada jefe, cada soldado sabe quién ha de vencer.

Porque la victoria o la derrota vive en nosotros mismos. Es una seguridad, una fe, una energía. En las guerras no hay sino un factor verdad: la voluntad. Sólo muy raras veces encuentra frente a sí otro factor real: los elementos.

La vieja profecía azteca que anunciaba, que la venida de Tlaloc—el *hombre blanco y barbudo*—anunciaría la ruina del Imperio, se cumplía. Inútil que Cuilauzín echase en cara a su hermano su proceder afeminado, inútil que supiese que los invasores eran un puñado de hombres: Moctezuma adivinaba que su reinado había concluido y revestido de prodigiosa pompa, cubierto de regio manto y coronado de oro y plumas salía al encuentro de los invasores. Delante iban sus esclavos llevando raras bestias de quimérica apariencia, perfumes, frutos, flores. Luego él seguido de dignatarios y sacerdotes.

Estaban frente a frente. El Inca descendió de su palanquín y avanzó al encuentro de Cortés. El conquistador orgullosamente hizo ademán de abrazar al que era un dios para los indios. Entonces el mejicano sonrió casi irónico.

—Te habrán dicho que yo era divino ¿verdad? Pues soy mortal, de carne y hueso.

*

Como Rodrigo el godo, como Boabdil el granadino, como todos los que por no saber ser hombres lloraron como mujeres, Moctezu-

ma fué cobarde *hasta el heroísmo*.

Al saber el pueblo sublevado contra los hombres blancos y barbudos, salió a la terraza de su palacio y encarándose con la enfurecida muchedumbre, trató de dominarla aún.

—¡A mí sólo debéis obediencia! Yo os ordeno....

Pero un proyectil hirióle en la frente y bañado en sangre rodó por tierra.

¡Así el penúltimo Emperador azteca murió defendiendo a los invasores cuando no supo morir por defender su patria!

El destino, una vez más, trágico y horrendo, venció a quien como víctima había elegido.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

(*Revista Moderna*, Bogotá.)

ma fué cobarde *hasta el heroísmo*.

Al saber el pueblo sublevado contra los hombres blancos y barbudos, salió a la terraza de su palacio y encarándose con la enfurecida muchedumbre, trató de dominarla aún.

—¡A mí sólo debéis obediencia! Yo os ordeno....

Pero un proyectil hirióle en la frente y bañado en sangre rodó por tierra.

¡Así el penúltimo Emperador azteca murió defendiendo a los invasores cuando no supo morir por defender su patria!

El destino, una vez más, trágico y horrendo, venció a quien como víctima había elegido.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

(*Revista Moderna*. Bogotá.)

El niño

—Idea de Rabindranath Tagore.—

—¿De dónde vine, madre?
¿De dónde vine a ti?
—Viniste de mis sueños,
de cuanto amé y sentí.

Cual temeroso pájaro
que espera el nuevo sol,
estabas escondido
aquí en mi corazón.

Estabas en los juegos
de mi niñez feliz;
y sobre los altares,
como deidad te ví.

¡Oh misterioso encanto!
¡Prodigio del amor!
tener entre mis brazos
el tesoro mejor!

PEDRO HENRIQUEZ URENA.

Libros que leo sentado y libros que leo de pie

Para distinguir los libros, hace tiempo que tengo en uso una clasificación que responde a las emociones que me causan al leerlos. Los divido en libros que leo sentado y libros que leo de pie. Los primeros pueden ser amenos, instructivos, bellos, ilustres, o simplemente necios y aburridos; pero, unos y otros, incapaces de arrancarnos de la actitud normal. En cambio los hay que, apenas comenzados, nos hacen levantar, como si de la tierra sacaran una fuerza que nos empuja los talones y nos obliga a esforzarnos como para subir. En estos no leemos; declamamos, alzamos el ademán y la figura, sufrimos una verdadera transfiguración. Ejemplos de tal género son: la tragedia griega, Platón, la filosofía indostánica, Dante, Espinosa, Kant, Schopenhauer, la música de Beethoven, y otros si más modestos no menos raros. Al género apacible de lo que se lee sin sobresalto pertenecen todos los demás innumerables, donde hallamos enseñanza, deleite, unción estética, pero no el palpitante de conciencia que nos levanta como si sintiésemos revelado un nuevo aspecto de la

Libros que leo sentado y libros que leo de pie

Para distinguir los libros, hace tiempo que tengo en uso una clasificación que responde a las emociones que me causan al leerlos. Los divido en libros que leo sentado y libros que leo de pie. Los primeros pueden ser amenos, instructivos, bellos, ilustres, o simplemente necios y aburridos; pero, unos y otros, incapaces de arrancarnos de la actitud normal. En cambio los hay que, apenas comenzados, nos hacen levantar, como si de la tierra sacaran una fuerza que nos empuja los talones y nos obliga a esforzarnos como para subir. En estos no leemos; declamamos, alzamos el ademán y la figura, sufrimos una verdadera transfiguración. Ejemplos de tal género son: la tragedia griega, Platón, la filosofía indostánica, Dante, Espinosa, Kant, Schopenhauer, la música de Beethoven, y otros si más modestos no menos raros. Al género apacible de lo que se lee sin sobresalto pertenecen todos los demás innumerables, donde hallamos enseñanza, deleite, unción estética, pero no el palpitante de conciencia que nos levanta como si sintiésemos revelado un nuevo aspecto de la

creación y nos incita a movernos para llegar a contemplarlo entero.

Por lo demás, escribir libros es un triste consuelo de quien no se adaptó a la vida. Pensar es la más intensa y fecunda función del vivir; pero bajar, del pensamiento, a la tarea dudosa de escribirlo, mengua el orgullo y denota insuficiencia espiritual, desconfianza de que la idea no viva si no se la apunta: un poco, también, de vanidad y otro poco de fraternal solicitud de caminante que, para beneficio de los futuros viajeros, marca el árido camino por donde se ha encontrado el agua ideal, indispensable para seguir la ruta. Pero un libro, como un viaje, se comienza con inquietud y se termina con melancolía.

Si se pudiese ser hondo optimista, nunca se escribirían libros. De existir hombres plenos de energía, libres, y fértiles, no se inclinarían a remedar con letra muerta el valor inefable, el remoce perenne de una vida que absorbería todos sus impulsos. Un libro noble es fruto de desilusión y signo de protesta. Ni el poeta cambia sus sueños por versos, ni hay quien no prefiera vivir pasiones y heroísmos a cantarlos, por más que sepa hacerlo en tupidas y bravas páginas. Escriben, el que no puede obrar, o el que no se satisface con la obra. Cada libro dice expresamente o entre líneas: "nada es como debiera ser." Pone en él, el autor, lo que el hado le niega o la promesa que no vió cumplida.

¡Ay del que toma la pluma y se pone a escribir, mientras afuera todo es potencial para el humano ímpetu; cuando todo lo inconcluso clama emoción que lo consuma en su pura y perfecta realidad!

Pero ¡ay! también, de quien, consagrado a lo de fuera, ni reflexiona, ni se hastía, pues no muere para las cosas como el inconforme, ya que aún no nace, porque nacer no es venir al mundo, en que juntas persisten vida y muerte, sino desprenderse de la masa sombría de la especie; rebelarse contra todo *humanismo*, quererse ir, levantarse con el arranque que nos transmiten los libros que se leen de pie, los radicalmente insumisos.

Yo no sé a qué nacemos cuando, con Buda o Jesús, renunciamos el mundo; pero sí son indiscutibles la nobleza de la renuncia que anticipa el tardío dictado de la muerte, y la saciedad, sin cuya conquista parece que no nos vale la vida y que es preciso volver para que un nuevo dolor nos despierte y reintegre a la estirpe legítima del superhombre o del semidiós.

Los buenos libros reprueban la vida, sin por ello transigir con el desaliento y la duda. Para comprenderlo, basta leerlos, y obsérvese, principalmente, cómo los juzgan los temperamentos sanos y fuertes. Porque un enfermo desea la salud, como el débil venera la fuerza; pero el sano y alegre de corazón, el valeroso y audaz, exigente, reclama lo que

¡Ay del que toma la pluma y se pone a escribir, mientras afuera todo es potencial para el humano ímpetu; cuando todo lo inconcluso clama emoción que lo consuma en su pura y perfecta realidad!

✓ Pero ¡ay! también, de quien, consagrado a lo de fuera, ni reflexiona, ni se hastía, pues no muere para las cosas como el inconforme, ya que aún no nace, porque nacer no es venir al mundo, en que juntas persisten vida y muerte, sino desprenderse de la masa sombría de la especie; rebelarse contra todo *humanismo*, querer ir, levantarse con el arranque que nos transmiten los libros que se leen de pie, los radicalmente insumisos.

Yo no sé a qué nacemos cuando, con Buda o Jesús, renunciamos el mundo; pero sí son indiscutibles la nobleza de la renuncia que anticipa el tardío dictado de la muerte, y la saciedad, sin cuya conquista parece que no nos vale la vida y que es preciso volver para que un nuevo dolor nos despierte y reintegre a la estirpe legítima del superhombre o del semidiós.

Los buenos libros reprueban la vida, sin por ello transigir con el desaliento y la duda. Para comprenderlo, basta leerlos, y obsérvese, principalmente, cómo los juzgan los temperamentos sanos y fuertes. Porque un enfermo desea la salud, como el débil venera la fuerza; pero el sano y alegre de corazón, el valeroso y audaz, exigente, reclama lo que

jamás se encuentra. Entre el optimista que apura el goce de los más hondos deleites y el austero profeta que mira el valle de lágrimas en que debemos morar por algún tiempo, acaso no le comprendo, pero respeto a quien dice: "es preciso", y desprecio y me río cuando paso a la vera del que exclama: ¡qué bello, qué bueno!

Y no es que requiera el tono profético, ni el ambiente trémulo de la catástrofe. Gusto la gama entera que va, del seco estallido del verbo esquiliano, a la sinfonía opulenta y alada del diálago platónico; todo lo que alcanza la sacudida heroica, el erguimiento típico del alma.

Me figuro que Eurípides, uno de los libres y grandes que por aquí han pasado, comprendió lo humano con tal claridad, que, movido de compasión, se puso a escribir sus visiones, cuidando de repetir a cada instante éste consejo sabio y sincero, para el que somos tan sordos: desconfía, no te engrías en tu goce, no te llares feliz hasta la hora de tu muerte: antes no sabes lo que el destino te reserva. Para qué quieres gloria, hermosura, poder... Mira la casa de Príamo, oye los lamentos de Hécuba. La fiel Andrómaca comparte por fuerza el lecho del vencedor. El pequeño hijo de Héctor acaba de perecer, y de toda la grey ilustre queda tan sólo la teoría de las troyanas esclavas, implorando en vano, mientras camina al destierro. ¡Para qué tienes hijos!

Pero como la verdad causa terror, y muchos se alarman de los corolarios que cualquier es-
genu implacablemente sincero podría deducir de estos evangelios inmortales, hanse puesto a inventar, los cuerdos, con Aristóteles a la cabeza, la tesis infantil, que juega con las ideas como muñecos, la cual nos dice: que es propio de la tragedia causar alegría con la representación del dolor y hacer triunfar el principio de la vida sobre su negación fatal. Parecen temer que algún día los hombres comprendan, y por eso se escriben todos los libros que nos vuelven a la calma y al buen sentido: los libros que leemos sentados porque nos apegan a la vida.

JOSE VASCONCELOS

Nueva York, noviembre de 1915.

(Las Novedades. Nueva York.)

PROPIEDAD DE LA BIBLIOTECA
— DEL —
BANCO NACIONAL DE COSTA RICA

Pero como la verdad causa terror, y muchos se alarman de los corolarios que cualquier es-
gista implacablemente sincero podría dedu-
cir de estos evangelios inmortales, hanse pue-
sto a inventar, los cuerdos, con Aristóteles a
la cabeza, la tesis infantil, que juega con las
ideas como muñecos, la cual nos dice: que es
propio de la tragedia causar alegría con la
representación del dolor y hacer triunfar el
principio de la vida sobre su negación fatal.
Parecen temer que algún día los hombres
comprendan, y por eso se escriben todos los
libros que nos vuelven a la calma y al buen
sentido: los libros que leemos sentados por-
que nos apegan a la vida.

JOSE VASCONCELOS

Nueva York, noviembre de 1915.

(Las Novedades. Nueva York.)

PROPIEDAD DE LA BIBLIOTECA
— DEL —
BANCO NACIONAL DE COSTA RICA

El arquero divino

I

El rayo verde

Mis ojos tienen claror
de juventud, porque espero
aún tu visita, Amor.

Me debe el sol un fulgor,
quizá su fulgor postrero:
su rayo verde, color
del esperar de que muero....

II

Como una mariposa....

Como una mariposa se para en un espino,
posáronse las alas del Ensueño divino
en mi alma enferma y triste. Posáronse un instante
solo: mas la espinosa
planta, ya nunca olvida la blancura radiante,
el leve impulso trémulo, la gracia palpitante
de aquella mariposa....

III

Si mi amor es pecado....

Si mi amor es pecado,
ya está bien castigado....
Pero si no lo es,
esta siembra de espinas que inconsciente
haces tú en mi pobre alma diariamente,
esta sangre que viertes y no ves,
¡en qué compensaciones milagrosas,
en qué cosecha trémula de rosas
florecerá después!

IV

Pudiera ser....

Eres inexorable, bien amado,
con este pobre corazón abierto,
que se desangra.... Pero ten cuidado:
no sea que te nazca un impensado
y cruel amor por mí, después de muerto!
Porque entonces será vano tu grito
ante la eternidad trágica y honda....
Restituida mi mente al infinito
y deshecha en su hueco de granito
mi carne.... acaso el viento te responda!

III

Si mi amor es pecado....

*Si mi amor es pecado,
ya está bien castigado....
Pero si no lo es,
esta siembra de espinas que inconsciente
haces tú en mi pobre alma diariamente,
esta sangre que viertes y no ves,
¡en qué compensaciones milagrosas,
en qué cosecha trémula de rosas
florecerá después!*

IV

Pudiera ser....

*Eres inexorable, bien amado,
con este pobre corazón abierto,
que se desangra.... Pero ten cuidado:
no sea que te nazca un impensado
y cruel amor por mí, después de muerto!
Porque entonces será vano tu grito
ante la eternidad trágica y honda....
Restituida mi mente al infinito
y anclada en su hueco de granito
mi alma.... acaso el viento te responda!*

...me tu boca!

...me tu boca,
boca virginal, cáliz vacío
que llenaré hasta el borde con mis besos!

Amor, dame tu boca:
la llave de coral que abre las puertas
de todos tus incólumes encantos.

Amor, dame tu boca:
¡Alpha escarlata del placer que ansío!
....Recorreré después todas las letras,
hasta la santa omega en que el misterio
tiembla del ser....

¡Amor, dame tu boca!

VI

Y tú esperando....

Pasan las hoscas noches cargadas de astros,
pasan los cegadores días berméjos,
pasa el gris de las lluvias, huyen las nubes
¡....y tú esperando!

¡Tú esperando y las horas no tienen prisa!
¡Con qué pereza mueven las plantas torpes!
las veinticuatro hermanas llevar parecen
suecos de plomo....

*Esa rosa encendida ya se presiente,
entre los gajos verdes de su justillo.
Entre los gajos verdes su carne santa
es un milagro.*

*¡Pero cuándo veremos la rosa abierta!
Dios eterno, tú nunca te precipitas:
mas el hombre se angustia porque es efímero.
¡Señor, cuándo veremos la rosa abierta!*

VII

El viático

*Es de noche. Hace frío.
Está solo el cantor.
Antes de que se vaya para siempre, Dios mío,
dale aún ese viático divino del amor!*

(La Neta. Buenos Aires.)

AMADO NERVO

*Esa rosa encendida ya se presiente,
entre los gajos verdes de su justillo.
Entre los gajos verdes su carne santa
es un milagro.*

*¡Pero cuándo veremos la rosa abierta!
Dios eterno, tú nunca te precipitas:
mas el hombre se angustia porque es efímero.
¡Señor, cuándo veremos la rosa abierta!*

VII

El viático

*Es de noche. Hace frío.
Está solo el cantor.
Antes de que se vaya para siempre, Dios mío,
dale aún ese viático divino del amor!*

AMADO NERVO

(La Plata, Buenos Aires.)

La Francia y la guerra

"Tere de France, mult estes dulz país....."

Este verso de la *Canción de Rolando*, tan tierno, tan añejo y tan fresco, ¡cómo se lo siente venir, no solamente de la profundidad del tiempo, sino también de la de un sentimiento, que aun en nosotros extranjeros es antiquísimo, inmemorial, hecho de las predilecciones de nuestros antepasados. Pues nos parece que no es únicamente desde el despertar de nuestra conciencia intelectual, ni tan sólo a causa de lo que le debemos por la iniciación de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad en la belleza y el orden del sentido *francés* de la vida y de la verdad, que sentimos tan espontáneamente, tan filialmente podríamos decir, este amor a Francia.

Así bendigo yo la suerte que me ha permitido tomar, muy humildemente, pero de muy cerca, mi parte de las alarmas y las esperanzas francesas en esta guerra. Creo que, en vez de huir habría yo acudido de lejos. ¡Presencia más que ínfima y por demás supérflua, la mía! Pero yo

habría sentido una especie de remordimiento al no hallarme en Francia como junto a una persona bien amada sobre quien se cierne una calamidad.

Los primeros presagios, cargados ya de la tormenta, me sorprendieron bajo el cielo delicado de Turena, a orillas del Loira indolente. Visitaba sus paisajes sensibles como una alma, sus ciudades ennoblecidas por tantos siglos de bella historia, sus castillos famosos. ¿Dónde experimentar más hondamente lo que había de brutal y monstruoso en la agresión?—Cuna del arte y de la poesía del renacimiento francés, centro de la monarquía de Carlos VII a Francisco I, es el lugar donde más visible y más penetrante se ejerce el encanto antiguo, y tan noble, de lo que es más francés en la raza: el gusto de la vida inteligente, ornada de todos los lujos del arte, de la gloria y de la voluptuosidad. Esta clara y dulce Turena, tan impregnada de pensamiento y de poesía, de una belleza tan humana, ¡cómo nos persuade sin esfuerzo y nos conquista sin premura! Fineza en la molice, gracia en la fuerza, espiritualismo en la voluptuosidad, todas las virtudes con los correctivos que la impiden exagerar y convertirse en defectos, se les halla como fundidos en esta pingüe y sabrosa tierra. Se comprende que, aun en un siglo en que el sentimiento de la naturaleza no había entrado toda-

habría sentido una especie de remordimiento al no hallarme en Francia como junto a una persona bien amada sobre quien se cierne una calamidad.

Los primeros presagios, cargados ya de la tormenta, me sorprendieron bajo el cielo delicado de Turena, a orillas del Loira indolente. Visitaba sus paisajes sensibles como una alma, sus ciudades ennoblecidas por tantos siglos de bella historia, sus castillos famosos. ¿Dónde experimentar más hondamente lo que había de brutal y monstruoso en la agresión?—Cuna del arte y de la poesía del renacimiento francés, centro de la monarquía de Carlos VII a Francisco I, es el lugar donde más visible y más penetrante se ejerce el encanto antiguo, y tan noble, de lo que es más francés en la raza: el gusto de la vida inteligente, ornada de todos los lujos del arte, de la gloria y de la voluptuosidad. Esta clara y dulce Turena, tan impregnada de pensamiento y de poesía, de una belleza tan humana, ¿cómo nos persuade sin esfuerzo y nos conquista sin guerra! Fineza en la molice, gracia en la fuerza, espiritualismo en la voluptuosidad, todas las virtudes con los correctivos que la impiden exagerar y convertirse en defectos, se les halla como fundidas en esta pingüe y sabrosa tierra. Se comprende que, aun en un siglo en que el sentimiento de la naturaleza no había entrado toda-

vía en las almas, hubiese un Lafontaine para amar:

*ces provinces
qu'entre tous les plus grands trésors
ont toujours placé nos princes.*

Se comprende que Balzac pidiese, para vivir allí "sin enojos" un terreno, un pequeño castillo, una bella biblioteca. "*Je quitte toujours a regret ce vallon solitaire*, decía. *Le silence y est merveilleux.*" El escuchaba con pasión ese silencio, hecho del rumor de siglos magníficos y de bellos tumultos apaciguados.

El corazón se oprimía al pensar que tanta gracia y tanta nobleza iban talvez a ser ultrajadas por el alemán. Parecían sin defensa contra la brutalidad, adormidas en la límpida dulzura de sus horizontes y en la paz de los hombres... Pero ¿no era aquel el país de Lemaitre, espíritu hecho a imagen y semejanza de su propia tierra? Ese sutil, ese ondulante, que parecía débil y frágil a fuerza de fineza, ¿no fué también un combatiente encarnizado contra lo que tendía a destruir la hermosura de su Francia tradicional? Su escepticismo no era sino una elegancia maravillosa para insinuar mejor, y mantener, la fuerza de su ideal. Lo mismo iba a pasar con todos. Véanse ya, en todos los rostros, los signos reveladores del fondo de la naturaleza francesa, heroica y lúcida como ninguna, oculto en la ame-

nidad de la vida ordinaria bajo apariencias despreocupadas o frívolas. Todos, los más superficiales y los más rebeldes, se les veía cogidos ya por la común angustia, soliviados por el común amor. El espíritu de la *Doncella* resucitaba en esos caminos, los mismos que ella recorrió para "*bouter dehors*" al invasor.

El amigo con quien hacía este paseo, el historiador peruano José de la Riva-Agüero, con su potente y seguro sentido de la historia veía venir lo inevitable y me decía sus razones, mientras los gobiernos proseguían sus discusiones jadeantes.—Deslizábase el automóvil por entre los campos que aguardaban, ricos, rubios, colmados, la cosecha tranquila. El espíritu sobrecogido por los sombríos presagios, mirábamos esa dispersa belleza, inconsciente y por lo mismo más patética.—¿Qué iba a acontecer? Me acordé entonces, no sé por qué, del verso de Vigny que aconseja apresurarse a amar lo que talvez no se verá dos veces...

Volvimos a París en la tarde del 31 de Julio. La grande urbe en fiebre hervía ya en la más santa de las cóleras, pero retenía su ímpetu. Daba, como en sus mejores días, el son total de la Francia.

No he dejado su recinto desde entonces. La he visto, pues, serena en los días de expectativa, sagaz y fiera en las noches de angustia horada-

nidad de la vida ordinaria bajo apariencias despreocupadas o frívolas. Todos, los más superficiales y los más rebeldes, se les veía cogidos ya por la común angustia, soliviados por el común amor. El espíritu de la *Doncella* resucitaba en esos caminos, los mismos que ella recorrió para "*bouter dehors*" al invasor.

El amigo con quien hacía este paseo, el historiador peruano José de la Riva-Agüero, con su potente y seguro sentido de la historia veía venir lo inevitable y me decía sus razones, mientras los gobiernos proseguían sus discusiones jadeantes.—Deslizábase el automóvil por entre los campos que aguardaban, ricos, rubios, colmados, la cosecha tranquila. El espíritu sobrecogido por los sombríos presagios, mirábamos esa dispersa belleza, inconsciente y por lo mismo más patética.—¿Qué iba a acontecer? Me acordé entonces, no sé por qué, del verso de Vigny que aconseja apresurarse a amar lo que talvez no se verá dos veces...

Volvimos a París en la tarde del 31 de Julio. La grande urbe en fiebre hervía ya en la más santa de las cóleras, pero retenía su ímpetu. Daba, como en sus mejores días, el son total de la Francia.

No he dejado su recinto desde entonces. La he visto, pues, serena en los días de expectativa, sagaz y fiera en las noches de angustia horada-

das por los rayos vigilantes de los proyectores.— La invasión tocó a las puertas; fué rechazada, vencida. Salvada, la ciudad continuó revestida de gravedad ardiente, de heroísmo sin énfasis, sin miedo bajo el ojo del Destino. Jamás la amé ni la admiré tanto. Ella era entonces, de veras, el centro de gravitación del mundo, el corazón que no podía desfallecer.

Sobrevino la victoria del Marne. ¡ Un milagro ! exclamaron algunos. Sea, si milagro hay en que la Francia se haya hallado a sí misma, tal cual la modelaron siglos de desbordante, generosa y feliz bravura, en la continuidad de su historia.

Cuanto a la batalla misma, ¿ qué milagro en la obra humana de la más alta ciencia servida por el perfecto valor? La Francia, a la hora de la prueba, halló vivientes las fuerzas de su pasado. Parecía haber roto, en sus juegos peligrosos y un poco locos, esos viejos resortes de tan bello temple: los encontró más flexibles.

Ciertamente había de que asombrarse. Habría podido decirse que una frase de Renan a Deroulède, contada por Barrès, era la consigna de la mayor parte de los espíritus: "*Jeune homme, la France se meurt; ne troublez pas son agonie*"... Parecía dejarse morir gozando de las supremas delicias de su agonía, rodeada de poetas demasiado exclusivamente musicales, de artistas demasiado conscientes de su extrañeza, de pen-

sadores demasiado desligados, especie de diletantes por demás inteligentes que le aconsejaban la elegancia del desdén de lo que no se puede o no se quiere retener por la fuerza, y que no la habían visto nunca más bella que con su rostro extenuado y su sonrisa demasiado fina... En el desconcierto y la incoherencia de las aspiraciones, en el abandono de todos, tan sólo los políticos apresuraban su labor de ruina. Los sabios no vivían sino para su ciencia, ídolo abstracto y sin patria, ajeno a las vicisitudes de la hora; los filósofos no amaban sino el juego de las ideas peligrosas sin cuidarse de los aturcidos que les llevaban a estallar en medio de la multitud; los poetas sufrían más que sufrió el mismo Baudelaire,

"d'un monde où l'action n'est pas la sœur du rêve."

Algunos, sin embargo, sobre todo entre los nuevos, daban voces de alerta, y carecían de condescendencia para con las quimeras. Querían probar que la agonizante no estaba sino pérfidamente adormecida, y la sacudían, no sin rudeza. De verlos tan prontos a enderezar y a obrar, temíase que su precipitación lo echase todo a perder: los acontecimientos vinieron a darles razón. Se hallaron con el alma de antemano lista a responder con fe y alegría al desafío previsto. Por boca del soldado Vincent, el héroe de Ernest Psychari en "*L'Appel des Armes*" rogaba toda

sadores demasiado desligados, especie de diletantes por demás inteligentes que le aconsejaban la elegancia del desdén de lo que no se puede o no se quiere retener por la fuerza, y que no la habían visto nunca más bella que con su rostro extenuado y su sonrisa demasiado fina... En el desconcierto y la incoherencia de las aspiraciones, en el abandono de todos, tan sólo los políticos apresuraban su labor de ruina. Los sabios no vivían sino para su ciencia, ídolo abstracto y sin patria, ajeno a las vicisitudes de la hora; los filósofos no amaban sino el juego de las ideas peligrosas sin cuidarse de los aturdidos que les llevaban a estallar en medio de la multitud; los poetas sufrían más que sufrió el mismo Baudelaire,

"d'un monde où l'action n'est pas la sœur du rêve."

Algunos, sin embargo, sobre todo entre los nuevos, daban voces de alerta, y carecían de condescendencia para con las quimeras. Querían probar que la agonizante no estaba sino pérfidamente adormecida, y la sacudían, no sin rudeza. De verlos tan prontos a enderezar y a obrar, temíase que su precipitación lo echase todo a perder: los acontecimientos vinieron a darles razón. Se hallaron con el alma de antemano lista a responder con fe y alegría al desafío previsto. Por boca del soldado Vincent, el héroe de Ernest Psychari en *"L'Appel des Armes"* rogaba toda

una generación: "*Seigneur, decía él, faites que je sois fort et que je tue beaucoup d'ennemis*". El voto fué escuchado. Anunciaba, desde antes de la guerra, almas de héroes; y hasta chocaba por eso: pues ya el penacho, así no fuese más que puramente intelectual, no se usaba en Francia, como en previsión de este heroísmo ingenuo y espontáneo de las trincheras, en que abundan los más sencillos, los que no obedecen a teorías y acaso ignoran el alcance de sus actos.

Y es emocionante el ver, a su lado, a aquellos que subtilizaban quizás un poco demasiado sobre la idea y el sentimiento de la patria, defendiéndola hundidos en la tierra. Comprenden mejor ahora, y demuestran que la patria no es solamente algo ideal y un tanto vago, sino la tierra misma, y está presente en cada retazo de tierra lodosa y sagrada. Vuelos así, después de tanto refinar en el vagabundeo intelectual, al más elemental, al más antiguo apego del hombre al suelo de los suyos, han recuperado una especie de candor heroico.

Y todos, los más bastos como los más cultivados, sienten con igual certidumbre la belleza de esta guerra suprema que salva de la garra de fuerzas bajas y frenéticas la libertad del mundo y las aspiraciones del hombre a lo que constituye el atractivo y la nobleza de la vida moderna: la posibilidad para cada cual de gozar de la pleni-

tud de su individualidad en el esplendor tranquilo de una civilización despejada de su perpetua pesadilla, al abrigo de matanzas estúpidas, de criminales locuras.

Sabe el mundo que siempre fué la divina fatalidad de Francia el tener que desempeñar, en aventuras en que arriesga la propia vida, un papel que sobrepasa la medida de sus intereses y que exalta su ideal hasta identificarlo con el de la humanidad en cada etapa de su evolución. Es cada vez la primera en presentir las auroras encerradas en la noche del porvenir.

Y es ella quien más ha ennoblecido esta lucha atroz, imprimiendo este carácter trascendente,—de tan trágica alteza,—de conflicto de direcciones morales, de drama de ideas esenciales a la vida espiritual.—Y es ella quien, con su triunfo mantendrá al genio latino, el único de veras creador, en su misión tutelar.

A juzgar por la enormidad de esta guerra, cuya fatídica envergadura cubre el mundo, créese generalmente que señalará el comienzo de una era diferente, sin común medida con las otras. Entendámonos. Es probable que los historiadores escojan un acontecimiento tan universal y memorable para cerrar grandiosamente el ciclo de las fuerzas en trabajo de la edad contemporánea. Pero es únicamente el triunfo de Alemania el que podría determinar un cambio de norte para

tud de su individualidad en el esplendor tranquilo de una civilización despejada de su perpetua pesadilla, al abrigo de matanzas estúpidas, de criminales locuras.

Sabe el mundo que siempre fué la divina fatalidad de Francia el tener que desempeñar, en aventuras en que arriesga la propia vida, un papel que sobrepasa la medida de sus intereses y que exalta su ideal hasta identificarlo con el de la humanidad en cada etapa de su evolución. Es cada vez la primera en presentir las auroras encerradas en la noche del porvenir.

Y es ella quien más ha ennoblecido esta lucha atroz, imprimiendo este carácter trascendente,—de tan trágica alteza,—de conflicto de direcciones morales, de drama de ideas esenciales a la vida espiritual.—Y es ella quien, con su triunfo mantendrá al genio latino, el único de veras creador, en su misión tutelar.

A juzgar por la enormidad de esta guerra, cuya fatídica envergadura cubre el mundo, créese generalmente que señalará el comienzo de una era diferente, sin común medida con las otras. Entendámonos. Es probable que los historiadores escojan un acontecimiento tan universal y memorable para cerrar grandiosamente el ciclo de las fuerzas en trabajo de la edad contemporánea. Pero es únicamente el triunfo de Alemania el que podría determinar un cambio de norte para

el espíritu de los hombres y la vida de los pueblos.—La victoria de los defensores de la civilización no puede sino afirmarla en su esencia, de una virtualidad infinita. No es, creo yo, el número o la potencia de los ejércitos desatados, ni la importancia de las naciones en campaña, ni los cambios de geografía política resultantes, lo que traerá transformaciones substanciales para el alma y la dirección de la vida moderna. Antes que impelida por la brutalidad de una guerra, la humanidad emprende por rumbos inexplorados, entreabre no vistos horizontes conducida más bien por principios de una moral nueva; por grandes corrientes de ideas más bien que de hechos, por fuerzas operantes de lo interno a lo externo, en los espíritus primero, en la realidad enseguida, tales como el Cristianismo, el Renacimiento, la Revolución.

¿Surgirán de esta lid siniestra nuevos principios directores? No se los ve todavía despuntar. Lo esencial es habernos ya librado de la dominación alemana. Alemania habría reinstalado de permanencia entre los hombres el estado de guerra tal como afecta de verlo reinar en la naturaleza. Ella conduce la guerra proclamando que no hace sino obedecer a las leyes generatrices reguladoras de toda existencia. Interpretación falsa, desde luego, puesto que en la naturaleza, el principio de destrucción se ejerce de una espe-

cie a otra, y por razones vitales; mas no se ven bandadas de perros organizadas contra otras bandadas de perros, ni se entredevoran los cuervos.—La Francia, en cambio, hace esta guerra,—y la hace maravillosamente,—considerándola en el agresor, por el hecho y la iniquidad de la agresión, como un descenso bestial del espíritu, con tanto esfuerzo llevado a la altura de la vida libre y consciente. La hace teniéndole por contraria a la condición de nuestra especie, más que a medias desprendida de la barbarie originaria, y sabiendo que en todo caso, la belleza y orgullo del hombre consisten en poder erigirse contra la ciega naturaleza, para corregirla y sobrepasarla.

... Esperemos que después de la horrible matanza, en la paz que la razón victoriosa imponga a las turbulentas fuerzas animales, habrá por encima de los duelos gloriosos, un vuelo alzado de esperanzas, una reflorecencia de alegrías.

Saldrá de nuevo sobre el mundo, la sonrisa de la eternidad.

GONZALO ZALDUMBIDE

cie a otra, y por razones vitales; mas no se ven bandadas de perros organizadas contra otras bandadas de perros, ni se entredevoran los cuervos.—La Francia, en cambio, hace esta guerra,—y la hace maravillosamente,—considerándola en el agresor, por el hecho y la iniquidad de la agresión, como un descenso bestial del espíritu, con tanto esfuerzo llevado a la altura de la vida libre y consciente. La hace teniéndole por contraria a la condición de nuestra especie, más que a medias desprendida de la barbarie originaria; y sabiendo que en todo caso, la belleza y orgullo del hombre consisten en poder erigirse contra la ciega naturaleza, para corregirla y sobrepasarla.

... Esperemos que después de la horrible matanza, en la paz que la razón victoriosa impondrá a las turbulentas fuerzas animales, habrá por encima de los duelos gloriosos, un vuelo alciónico de esperanzas, una reflorecencia de alegrías.

Lucirá de nuevo sobre el mundo, la sonrisa de la Francia eterna.

GONZALO ZARZUMBIDE

(Letras. Quito.)

Sobre algunos dramas de Ibsen

No podemos vivir sin grandeza.

LA GRANDEZA

En los dramas de Ibsen: *Solnes el constructor*, *El pequeño Eyolf*, *Cuando despertemos de la muerte* y *Djon Borkman*, se trata en realidad de un drama único: si hay alguna diferencia en los caracteres de los personajes, el mal que los acomete es uno, sufren el mismo dolor y tienen las mismas alegrías.

Este drama único es de tanto más interés, por cuanto que se produce alrededor de un fenómeno grandioso: el conflicto entre la creación y la vida.

Solnes (*Solnes el constructor*) y Rubek (*Cuando despertemos de la muerte*), poseen riquezas, son estimados y viven en condiciones envidiables; todo los favorece, la fortuna les sonríe, la gloria les busca, y a pesar de todo esto, Solnes y Rubek no son dichosos.

Solnes es arquitecto y Rubek artista.

Ambos son creadores. Sus obras les proporcionaron en un tiempo una satisfacción inmensa.

Vivían, porque poseían una riqueza enorme, de un valor que los tesoros del mundo no tienen el poder de pagar; poseían la grandeza que les vino de su fe en su arte.

Y la grandeza más que el pan diario, más que las comodidades, más que las riquezas y todos los tesoros del mundo, es necesaria al hombre para que viva: Cristo vive en la cruz, el revolucionario vive en la prisión aun condenado a muerte, el oprimido y hambriento vive en su choza cuando hay algo grande que ilumina su alma.

Es notorio: precisamente en el drama único, que será el objeto de nuestro estudio, Solnes y Rubek, victoriosos en la lucha por la existencia, padecen en otra lucha que es la que sostienen por la grandeza.

No damos al término grandeza una significación absoluta: el salvaje posee la grandeza cuando vende su oro y plata al culto mercader por unos adornos infantiles; el niño cuando vive en el mundo de lo maravilloso; los pueblos primitivos cuando adoran la divina creación en sus formas diferentes; los pueblos cultos cuando llegan al ideal de patria, socialismo, humanismo, etcétera.

El término grandeza no implica necesariamente un valor moral e intelectual; lo que es grande en el salvaje provoca una sonrisa en el hombre culto, la grandeza acreedora en el niño a serias investigaciones, apenas la notamos, y con suma frecuencia afirmando nuestras

Vivían, porque poseían una riqueza enorme, de un valor que los tesoros del mundo no tienen el poder de pagar; poseían la grandeza que les vino de su fe en su arte.

Y la grandeza más que el pan diario, más que las comodidades, más que las riquezas y todos los tesoros del mundo, es necesaria al hombre para que viva: Cristo vive en la cruz, el revolucionario vive en la prisión aun condenado a muerte, el oprimido y hambriento vive en su lucha cuando hay algo grande que inspira su alma.

Se encuentra precisamente en el drama único, que será el objeto de nuestro estudio, Solnes y Ibsen, victoriosos en la lucha por la existencia, padecen en otra lucha que es la que sostiene por la grandeza.

Se llaman al término grandeza una significación absoluta: el salvaje posee la grandeza cuando vende su oro y plata al culto mercader por unos adornos infantiles; el niño cuando vive en el mundo de lo maravilloso; los pueblos primitivos cuando adoran la divina creatura en sus formas diferentes; los pueblos modernos cuando llegan al ideal de patria, socialismo, humanismo, etcétera.

El término grandeza no implica necesariamente un valor moral e intelectual; lo que es grande en el salvaje provoca una sonrisa en el hombre culto, la grandeza acreedora en el niño nos llama a investigaciones, apenas la notamos, y con suma frecuencia afirmando nuestras

grandeza negamos la presencia de ella en los demás.

En el hombre que sienta y piense, la grandeza necesariamente se pronuncia en alguna forma: dedica su vida al arte, a las ciencias, a la religión o filosofía, toma parte en los movimientos sociales de razas, grupos y clases, guiado siempre por un vivo deseo de satisfacer aspiraciones intrínsecas que nada tienen que ver con apetitos y deseos puramente materiales.

Fué un largo y penoso camino en la historia humana la conquista de la grandeza, largo porque empezó en los tiempos remotos, penoso porque constantemente el hombre tomó por grandes los ideales estrechos, y hoy todavía su grandeza es su patria, su pueblo, su raza, y no toda la humanidad y con ella el Universo.

Sólo en pocos, muy pocos casos, en el seno de la humanidad nacieron hombres que no debían conquistar la grandeza, *porque la poseían*, y toda la vida de estos poco elegidos era la lucha por la *realización*, y no por la conquista de la grandeza.

Estos hombres—dioses fueron Buda, Sócrates, Cristo, Spinoza, Cervantes (Don Quijote).

La grandeza puede proporcionarla un objeto: una flor que adorna la mejilla de una niña, un juguete para el salvaje, un templo lleno de imágenes adoradas, para el creyente, un laboratorio con aparatos y máquinas para el in-

vestigador, y puede ser una mera ilusión, pero siempre y en todos los casos representa un hecho sin el cual es imposible imaginarse la existencia de la humanidad en el pasado y el presente, y menos todavía en lo futuro.

Tomando como sustantivo de la grandeza lo restante, lo sobrante al hombre después de la satisfacción de sus necesidades materiales, no entramos por ahora en detalle sobre su posible causa: indicamos tan sólo que puede ser la vanidad, y puede ser una chispa divina que está en el hombre, puede ser un sentimiento egoísta, y puede ser una aspiración hacia lo sublime; la grandeza se nos presenta en sus múltiples y diferentes formas según la época histórica y según el grado de desarrollo intelectual del hombre. Pero también en un solo hombre, la grandeza puede presentarse en formas diferentes y opuestas, como pronto veremos.

Insoportable, vacía, sin fin y miserable se vuelve la vida para el hombre cuando su grandeza por cualquier causa desaparece, y será su ruina si no consigue salvarse, hallando de nuevo aquello que le dió vida y sentido en la vida.

En el arquitecto Solnes, la grandeza es de un doble carácter: aspira a ser el primer constructor de la ciudad, el único; considera que nadie tiene el derecho de edificar, sino él, y para llegar a ser el primero no se detiene ante obstáculo alguno y no repara en los medios.

vestigador, y puede ser una mera ilusión, pero siempre y en todos los casos representa un hecho sin el cual es imposible imaginarse la existencia de la humanidad en el pasado y el presente, y menos todavía en lo futuro.

Tomando como sustantivo de la grandeza lo restante, lo sobrante al hombre después de la satisfacción de sus necesidades materiales, no entramos por ahora en detalle sobre su posible causa: indicamos tan sólo que puede ser la vanidad, y puede ser una chispa divina que está en el hombre, puede ser un sentimiento egoísta, y puede ser una aspiración hacia lo sublime; la grandeza se nos presenta en sus múltiples y diferentes formas según la época histórica y según el grado de desarrollo intelectual del hombre. Pero también en un solo hombre la grandeza puede presentarse en formas diferentes y opuestas, como pronto veremos.

Insoportable, vacía, sin fin y miserable se vuelve la vida para el hombre cuando su grandeza por cualquier causa desaparece, y será su ruina si no consigue salvarse, hallando de nuevo aquello que le dió vida y sentido en la vida.

En el arquitecto Solnes, la grandeza es de un doble carácter: aspira a ser el primer constructor de la ciudad, el único; considera que nadie tiene el derecho de edificar, sino él, y para llegar a ser el primero no se detiene ante obstáculo alguno y no repara en los medios.

En el momento del drama, vemos el efecto de otras aspiraciones: una conciencia enferma, un estado de completo desequilibrio, fronterizo de la locura.

Pero hay en él una grandeza de otro carácter, tal vez inconsciente en parte, que radica, sin embargo, muy profundamente en su ser y que se revela en su coloquio con Hilda.

Solnes.—Usted sabe, yo empecé por edificar iglesias.

Hilda.—Sí, lo sé.

Solnes.—Y puedo decirle que yo construía estas pequeñas y pobres iglesias con una veneración tan profunda, que me parecía que El podría estar contento de mí.

Hilda.—¿Quién es El?

Solnes.—Pues, Aquél, para quien han sido construidas; Aquél, en cuyo nombre y gloria se edifican los templos.

Hilda.—¿Y ahora usted no está ya seguro que El quedó contento de su obra?

Solnes (con amargura).—No. El exigía que yo sirviese únicamente a El. Yo debería ser constructor y nada más. Toda mi vida debería construir para El.

Hilda.—¿Y qué hizo usted?

Solnes.—Hice lo imposible. Una vez le dije: Todopoderoso, escúchame; yo quiero ser un constructor libre, tan libre en mi género como Tu en el Tuyo. No quiero edificar más templos para ti, sino construir casas para los hombres.

Estamos en presencia de un caso muy notable, no poco frecuente y de un gran interés psicológico: En Solnes viven dos hombres: uno que conversa con Dios frente a frente, como de igual a igual y otro que por vanidad es capaz de rebajarse hasta hacer mal a sus semejantes, a Regner, por ejemplo. No hay, pues, necesidad de buscar por separado la vanidad y grandeza: diferentes como dos polos opuestos pueden sin embargo encontrarse en un solo hombre. La grandeza que es Todo y la vanidad que es Nada se dan la mano en el alma del hombre. Y entre la Nada y el Todo vibra su alma, como el Mundo, pues al Mundo refleja.

Antes de estudiar la crisis que se verificó en Solnes, veamos en qué consistía la grandeza de los demás personajes en las obras citadas de Ibsen.

Rubek (*Cuando despertemos de la muerte*) en los días de gloria y de paz interna vivía del arte.

—... Yo era artista, ante todo artista y sufría todas las penas de la creación cuando ideaba aquella, mi obra, que debía ser la más grande de todas. Yo quería llamarla: "la resurrección de los muertos".

Ulfheim, el rústico y salvaje cazador, caracteriza muy acertadamente la naturaleza de la creación.

Ulfheim (*a Maya*).—Ambos, yo y su marido (Rubek), tenemos que bregar con un materia

Estamos en presencia de un caso muy notable, no poco frecuente y de un gran interés psicológico: En Solnes viven dos hombres: uno que conversa con Dios frente a frente, como de igual a igual y otro que por vanidad es capaz de rebajarse hasta hacer mal a sus semejantes, a Regner, por ejemplo. No hay, pues, necesidad de buscar por separado la vanidad y grandeza: diferentes como dos polos opuestos pueden sin embargo encontrarse en un solo hombre. La grandeza que es Todo y la vanidad que es Nada se dan la mano en el alma del hombre. Y entre la Nada y el Todo vibra su alma, como el Mundo, pues al Mundo refleja.

Antes de estudiar la crisis que se verificó en Solnes, veamos en qué consistía la grandeza de los demás personajes en las obras citadas de Ibsen.

Rubek (*Cuando despertemos de la muerte*) en los días de gloria y de paz interna vivía del arte.

—... Yo era artista, ante todo artista y sufría todas las penas de la creación cuando ideaba aquella, mi obra, que debía ser la más grande de todas. Yo quería llamarla: "la resurrección de los muertos".

Ulfheim, el rústico y salvaje cazador, caracteriza muy acertadamente la naturaleza de la creación.

* *Ulfheim (a Maya)*.—Ambos, yo y su marido (Rubek), tenemos que bregar con un materia

tenaz y resistente. El con su mármol, yo con las venas tirantes y palpitantes del oso. Y los dos vencemos por fin. No retrocedemos hasta quebrantar al desobediente.

Rubek (pensativo).—En esto usted tiene razón.

Ulfheim.—Sí, la roca es inerte y con todas sus fuerzas resiste cuando usted le imprime la vida con el martillo. Igual como el oso en su cueva cuando le despiertan con las picas.

Almers (El pequeño Eyolf), en sus días de paz vivía del trabajo intelectual:

“pensar, pensar, no hay nada mejor. En las ideas está todo lo sublime.”

Rosner (Rosmerholm), un carácter noble y profundo, es de aquellos hombres que poseen la grandeza como una calidad innata.

Y en cuanto es posible expresar un tal carácter en palabras, he aquí como lo hace *Ibsen*.

Rosmer.—Yo no pertenezco ni al espíritu que reina aquí, ni a los partidos que se combaten. Yo quiero probar, unir y reunir a todos los hombres de todas las partes. Yo quiero vivir y consagrar toda mi vida, todas mis fuerzas para crear en el país una democracia verdadera, y transformar a todos los hombres del país en hombres nobles.

Krol.—¿A todos?

Rosmer.—Por lo menos y en lo posible a la mayor parte.

Krol.—¿Y cómo lo vas a conseguir?

Rosmer.—Libertando su espíritu y purificando su voluntad, me parece.

Krol.—¿Tú quieres libertarlos, purificarlos?

Rosmer.—No, mi querido amigo, yo quiero únicamente tratar de despertar en ellos su voluntad. Realizarlo⁽¹⁾ lo deben solos.

Krol.—¿Y te parece qué lo podrán?

Rosmer.—Sí.

Krol.—¿Por sus propias fuerzas?

Rosmer.—Precisamente por sus propias fuerzas. Otro camino no existe.

La grandeza de *Borkman (Djon Borkman)* antes de la crisis tenía otro carácter.

Borkman.—¡Yo quería crear millones! Yo quería reunir en mis manos todas las minas, todas las fábricas. Tener nuevas minas hasta lo infinito. Entrar en relaciones comerciales por mar y por tierra con todo el mundo. *Todo, todo esto quería crear yo solo.*

LA CRISIS

Nos puede extrañar, cómo es posible que el hombre que llegó a ser creador puede desesperar, caer otra vez.

¿No es el poder de crear lo más sublime a que puede alcanzar el hombre? ¿Puede acaso exigir el hombre más todavía que dar al mundo nuevas imágenes, realizar totalmente su “yo”, afirmarse, eternizarse por su genio creador?

¿No debe ser la fuerza creadora siempre ju-

(1) Su propia grandeza.

Rosmer.—Libertando su espíritu y purificando su voluntad, me parece.

Krol.—¿Tú quieres libertarlos, purificarlos?

Rosmer.—No, mi querido amigo, yo quiero únicamente tratar de despertar en ellos su voluntad. Realizarlo⁽¹⁾ lo deben solos.

Krol.—¿Y te parece que lo podrán?

Rosmer.—Sí.

Krol.—¿Por sus propias fuerzas?

Rosmer.—Precisamente por sus propias fuerzas. Otro camino no existe.

La grandeza de Borkman (*Djon Borkman*) antes de la crisis tenía otro carácter.

Borkman.—¡Yo quería crear millones! Yo quería reunir en mis manos todas las minas, todas las fábricas. Tener nuevas minas hasta lo infinito. Entrar en relaciones comerciales por mar y por tierra con todo el mundo. *Todo, todo esto quería crear yo solo.*

LA CRISIS

Nos puede extrañar, cómo es posible que el hombre que llegó a ser creador puede desesperar, caer otra vez.

¿No es el poder de crear lo más sublime a que puede alcanzar el hombre? ¿Puede acaso exigir el hombre más todavía que dar al mundo nuevas imágenes, realizar totalmente su "yo", afirmarse, eternizarse por su genio creador?

¿No debe ser la fuerza creadora siempre ju-

(1) Su propia grandeza.

venil, exaltada, capaz de destruir todo obstáculo que se le presente? ¿Y no cree la mitad de la humanidad en un Dios—gran Arquitecto, gran Creador?

Se podría invocar para la explicación de la crisis creadora acontecimientos externos, y así lo hace Ibsen, atribuyéndoles mayor o menor importancia.

Sin embargo, admitimos que el estudio de la vida intrínseca del hombre es completamente suficiente para explicar todo lo que pasa en su alma. Los acontecimientos externos pueden ejercer una influencia puramente mecánica, pueden simplemente destruir el alma. Los fenómenos internos, biológicos y fisiológicos pueden tener el mismo efecto, pero la vida del alma mientras fenómenos externos e internos le hagan posible la existencia, queda en cierto sentido independiente. Para que el hombre creador llegue a los más profundos sufrimientos es suficiente que se apodere de él la duda en la grandeza de la creación.

Lo que pasa en el alma de Solnes y Rubek pasó seguramente también en el alma de Ibsen mismo.

Y el sufrimiento originado en Ibsen por la duda en la grandeza de la creación, dió origen a una nueva idea creadora: la de la vida.

Hay algo que vale más que ser creador, nos dice, un hombre que conquistó una fama mundial, precisamente por su talento creador. *Más que crear vale vivir.*

Veamos lo que entiende Ibsen por vida.

Rubek el artista (*Cuando despertemos de la muerte*), dice con amargo pesar: yo he apreciado más a una forma muerta de arcilla que la dicha de la vida. Y en su coloquio con Maya agrega:

Rubek.—La creación de artista, la creación, etc., todo esto empezó a parecerme tan vacío, tan falto de sentido, en realidad de tan poco valor e importancia...

Maya.—¿Y qué querías tú poner en lugar de todo esto?

Rubek.—La vida. Maya.

Maya.—¿La vida?

Rubek.—Sí. ¿No vale más la vida, vislumbra por la luz del sol, que el brillo de la belleza, que este trabajo eterno en un antro oscuro con arcilla y piedra hasta una fatiga mortal?

Para Solnes la vida se presenta en la imagen de Hilda, joven, audaz e inteligente. Hilda pronto se orienta en el alma de Solnes como en su propia casa. Y en esta casa, que cree ya suya quiere mandar, arreglar los desperfectos, poner todo en orden, pero se encuentra con una cuerda ya rota: la conciencia enferma de Solnes, y comprende con razón que la lucha contra esta enfermedad, peor que la locura, es imposible; pero el sentimiento obscurece la razón en ella y el drama se desarrolla hasta su trágico final.

Seguiremos, para aclarar la idea de Ibsen

Veamos lo que entiende Ibsen por vida.

Rubek el artista (*Cuando despertemos de la muerte*), dice con amargo pesar: yo he apreciado más a una forma muerta de arcilla que la dicha de la vida. Y en su coloquio con Maya agrega:

Rubek.—La creación de artista, la creación, etc., todo esto empezó a parecerme tan vacío, tan falto de sentido, en realidad de tan poco valor e importancia...

Maya.—¿Y qué querías tú poner en lugar de todo esto?

Rubek.—La vida. Maya.

Maya.—¿La vida?

Rubek.—Sí. ¿No vale más la vida, vislumbrada por la luz del sol, que el brillo de la belleza, que este trabajo eterno en un antro obscuro con arcilla y piedra hasta una fatiga mortal?

Para Solnes la vida se presenta en la imagen de Hilda, joven, audaz e inteligente. Hilda pronto se orienta en el alma de Solnes como en su propia casa. Y en esta casa, que cree ya suya quiere mandar, arreglar los desperfectos, poner todo en orden, pero se encuentra con una cuerda ya rota: la conciencia enferma de Solnes, y comprende con razón que la lucha contra esta enfermedad, peor que la locura, es imposible; pero el sentimiento obscurece la razón en ella y el drama se desarrolla hasta su trágico final.

Seguiremos, para aclarar la idea de Ibsen

sobre la vida, el coloquio entre Solnes e Hilda.

Solnes.—Pero yo me equivoqué. El tenía razón. Edificar hogares para los hombres no vale la pena.

Hilda.—¿Y ahora usted no quiere construir nada nuevo?

Solnes.—Precisamente ahora es cuando quiero empezar. Y quiero edificar lo único en que consiste la dicha del hombre. Yo le diré: Escucha, Todopoderoso, y juzga como quieras. Pero desde este momento yo voy a construir lo más maravilloso del mundo, construir junto con la princesa que amo. ⁽¹⁾

Es ésta, pues, la respuesta de Ibsen. *La vida, que es más que la creación, es la dicha personal.*

Bien, pero en ninguno de los dramas citados triunfa el ideal de la vida: *Solnes* llega a la cima de la torre, pero cae y muere. *Rosmer* y *Rebeca* (*Rosmerholm*) libres para entregarse uno a otro, se suicidan; Rubek e Irene, llegan a la cima de una alta montaña, pero mueren bajo la violencia de un huracán. *Asta* (*El pequeño Eyolf*), tal vez el más admirable tipo de mujer creado por Ibsen, se resigna y sacrifica su dicha personal por no destruir la ajena.

El tema que discutimos, dió origen a obras de otros autores célebres, y tampoco en estas obras triunfa el ideal de la vida. (*Lossolita-*

(1) Menos materia nos daría el estudio de la crisis que costó la vida a Borkman y Rosmer (*Djon Borkman* y *Rosmerholm*.)

rios de Hauptmann, *La nieve* del autor polaco Pschebischewsky). En *Gioconda* de d'Annunzio triunfa este ideal, pero es un triunfo que se parece más bien a la derrota.

No es, pues, casual el fracaso del ideal de la vida y debemos preguntarnos por sus causas posibles.

Nos aclarará el problema el análisis de *Solnes el constructor*.

Imaginemos por un momento, que Solnes llegó a la cima de la torre, y tuvo allí con el Dios-Misterioso la conversación que tenía preparada: "Escucha, Todopoderoso, y juzga como quieras: desde este momento yo voy a construir lo más maravilloso del mundo, construiré junto con la princesa que amo", y bajó de la torre sano y salvo, y triunfante se dirigió a su princesa para construir con ella el palacio de su dicha.

Esto sería un final trivial y vulgar. El espectador jamás perdonaría a Solnes e Hilda las lágrimas de la mujer de Solnes, de esta pobre mujer, madre de hijos muertos e hijos no nacidos. ⁽¹⁾

Pero Solnes que llegó a la cima y ya tuvo esta rara dicha de conversar con Dios frente

(1) La mujer de Solnes ha perdido sus dos hijos en la circunstancia trágica del incendio de su casa natal, que dió motivo a Solnes de empezar su obra constructora y que gravó su conciencia con un peso tal, que ya no pudo echar de sí. En un dolor sin límites Solnes se resigna aparentemente por la muerte de sus hijos y llora la desaparición de sus muñecas, que representaron para ella los hijos no nacidos. Su coloquio con Hilda al respecto es una de las más bellas páginas que he leído en Ibsen.

rios de Hauptmann, *La nieve* del autor polaco Pschebischewsky). En *Gioconda* de d'Annunzio triunfa este ideal, pero es un triunfo que se parece más bien a la derrota.

No es, pues, casual el fracaso del ideal de la vida y debemos preguntarnos por sus causas posibles.

Nos aclarará el problema el análisis de *Solnes el constructor*.

Imaginemos por un momento, que Solnes llegó a la cima de la torre, y tuvo allí con el Dios-Misterioso la conversación que tenía preparada: "Escucha, Todopoderoso, y juzga como quieras: desde este momento yo voy a construir lo más maravilloso del mundo, construiré junto con la princesa que amo", y bajó de la torre sano y salvo, y triunfante se dirigió a su princesa para construir con ella el palacio de su dicha.

Esto sería un final trivial y vulgar. El espectador jamás perdonaría a Solnes e Hilda las lágrimas de la mujer de Solnes, de esta pobre mujer, madre de hijos muertos e hijos no nacidos. ⁽¹⁾

Pero Solnes que llegó a la cima y ya tuvo esta rara dicha de conversar con Dios frente

(1) La mujer de Solnes ha perdido sus dos hijos en la circunstancia trágica del incendio de su casa natal, que dió motivo a Solnes de empezar su obra constructora y que gravó su conciencia con un peso tal, que ya no pudo echar de sí. En un dolor sin límites Solnes se resigna aparentemente por la muerte de sus hijos y llora la desaparición de sus muñecas, que representaron para ella los hijos no nacidos. Su coloquio con Hilda al respecto es una de las más bellas páginas que he leído en Ibsen.

a frente, pudo haberle hablado de algo más importante que de su princesa amada.

Inmagino la siguiente variante del final de *Solnes el constructor*.

Solnes baja de la torre y en lugar de dirigirse a Hilda, la mira con una sonrisa bondadosa y nueva, y con la misma sonrisa se dirige a su mujer, a Ragner, al médico, y para todos se vuelve claro que algo pasó con él allí en la cima, algo misterioso y raro, y este misterio brilla en sus ojos, ilumina su frente, llena todo su ser, que parece renovado.

Y ya que el dramaturgo busca el efecto final, ⁽¹⁾ Hilda que bien ha comprendido la transformación que se verificó en Solnes, grita exaltada: Luz, mirad luz alrededor de su frente.

Y lo que el dramaturgo tal vez no hubiera dicho, pero que sería claro para el espectador atento:

Solnes encontró en la cima su salvación en la grandeza, en una nueva grandeza, que él tan ansiosamente buscaba, y que se le ha presentado en la imagen de Hilda, en la grandeza de Dios grande, al que encontró en lo más profundo de su alma, en el alma de su mujer, de Hilda, de Ragner, de todo lo que florece y de todo lo que vive en el alma de todo el Universo.

(1) Véase el final de *Solnes el constructor*.

*

Hay, pues, vida y vida.

Hay otra vida que no es la vida personal: es la vida cósmica.

Y el tránsito de la creación es sólo posible a esta última, y no a la vida-dicha personal.

El hombre que empezó a dudar en la creación puede llegar a creer en el saber.

Crear en el vasto sentido de la palabra es dividir, separar, limitar, individualizar, es llenar el mundo de un sinnúmero de cosas y objetos, *saber* en el pleno sentido de la palabra es unir, unificar, destruir los límites, confundir todo en un solo Todo.

De la creación resulta la variedad; del saber (mejor dicho de la sabiduría), la unidad.

Y en el hombre existen las dos tendencias: hacia la variedad y hacia la unidad.

Y cuando se le agotan las fuerzas en una vida variada, múltiple, llena de deseos y de pasiones, todavía le queda una salvación posible: en la unidad está la paz.

Y en su propio ser encontraría una fuente inagotable de una luz nueva, que es el amor hacia todo lo que existe y vive.

Esta transformación, o resurrección a una nueva vida, no es nada fácil, no se produce por un solo acto, y no siempre presenta el resultado de un trabajo consciente del alma. En el nuevo camino de la vida nueva el hombre puede empezar a andar con pasos inseguros

*

Hay, pues, vida y vida.

Hay otra vida que no es la vida personal:
es la vida cósmica.

Y el tránsito de la creación es sólo posible a esta última, y no a la vida-dicha personal.

El hombre que empezó a dudar en la creación puede llegar a creer en el saber.

Crear en el vasto sentido de la palabra es dividir, separar, limitar, individualizar, es llenar el mundo de un sinnúmero de cosas y objetos, *saber* en el pleno sentido de la palabra es unir, unificar, destruir los límites, confundir todo en un solo Todo.

De la creación resulta la variedad; del saber (mejor dicho de la sabiduría), la unidad.

Y en el hombre existen las dos tendencias: hacia la variedad y hacia la unidad.

Y cuando se le agotan las fuerzas en una vida variada, múltiple, llena de deseos y de pasiones, todavía le queda una salvación posible: en la unidad está la paz.

Y en su propio ser encontraría una fuente inagotable de una luz nueva, que es el amor hacia todo lo que existe y vive.

Esta transformación, o resurrección a una nueva vida, no es nada fácil, no se produce por un solo acto, y no siempre presenta el resultado de un trabajo consciente del alma. En el nuevo camino de la vida nueva el hombre puede empezar a andar con pasos inseguros

y vacilantes, ansiosamente va a lanzar su mirada al rededor, buscando apoyo y salvación en lo que anteriormente a la crisis le dió vida, renegará con frecuencia de su nuevo mundo de ideas, sométiéndolas a pruebas difíciles, hasta que llegará a la seguridad, al equilibrio y a la paz.

Es que aquella vida, la primera, la de la variedad, la de la creación era indudablemente bella, llena de sol y de luz y de alegría.

Cuando despertemos de la muerte, a Rubek le inunda la belleza de aquella vida sólo con sus recuerdos.

Irene no es más que una sombra de la verdadera Irene, que le sirvió de modelo para su obra perfecta, es casi un fantasma, y en el alma de Rubek también han muerto muchas cuerdas que vibraban antes, pero un encuentro fatal despierta todo el pasado, y sin fuerzas ya para la vida anterior, y sin capacidad para una vida nueva, Rubek e Irene sucumben.

Es que la gran mayoría de los hombres pertenece a aquel grupo que "nacen y renacen" y no a aquel que "nacen una vez y para siempre" (W. James: Fases del sentimiento religioso). Y al renacimiento precede la muerte; no debe ser fatalmente la muerte del individuo, puede ser solamente la de alguna parte de su "yo".

Y el renacimiento es la restitución de la vida del "yo" con nuevos elementos, con nuevas fuerzas. Y este renacimiento es difícil.

Al concepto cósmico de la vida se llega más fácil por la razón que por el cariño. Mientras que con la razón se abarca ya todo, el cariño sólo paso a paso ensancha su dominio.

Lo que es tan atractivo en los dramas de Ibsen, a que hacemos referencia, es que en ellos no se trata de un amor vulgar, sino de un amor-cariño, como en la admirable novela de Anatole France: *Le crime de Silvestre Bonnard, membre de l'Institut*, como en *Resurrección* de Tolstoy.

Este amor-cariño posee la capacidad de extenderse, de multiplicarse, de intensificarse hasta lo infinito, pero llega a este resultado por el único camino posible: es el mismo camino que llevó a Rubek y Solnes a la catástrofe, es un dolor que no conoce límites.

M. KANTOR.

La Plata.

(Nosotros, Buenos Aires.)

De una encuesta

1. ¿Cuál debe ser la finalidad principal de la enseñanza primaria?

2. ¿Cuál su extensión?

Señor Arturo R. Díaz, Director de "Alrededor de la Escuela".

Distinguido señor y amigo:

Con referencia a la encuesta formulada por al REVISTA DE EDUCACIÓN, de La Plata, tengo el gusto de contestarle lo siguiente:

Al concepto cósmico de la vida se llega más fácil por la razón que por el cariño. Mientras que con la razón se abarca ya todo, el cariño sólo paso a paso ensancha su dominio.

Lo que es tan atractivo en los dramas de Ibsen, a que hacemos referencia, es que en ellos no se trata de un amor vulgar, sino de un amor-cariño, como en la admirable novela de Anatole France: *Le crime de Silvestre Bonnard, membre de l'Institut*, como en *Resurrección* de Tolstoy.

Este amor-cariño posee la capacidad de extenderse, de multiplicarse, de intensificarse hasta lo infinito, pero llega a este resultado por el único camino posible: es el mismo camino que llevó a Rubek y Solnes a la catástrofe, es un dolor que no conoce límites.

M. KANTOR.

La Plata.

(Nosotros, Buenos Aires.)

De una encuesta

1. ¿Cuál debe ser la finalidad principal de la enseñanza primaria?
2. ¿Cuál su extensión?

Señor Arturo R. Díaz, Director de "Alrededor de la Escuela".

Distinguido señor y amigo:

Con referencia a la encuesta formulada por al REVISTA DE EDUCACIÓN, de La Plata, tengo el gusto de contestarle lo siguiente:

1.º En términos abstractos, la misión de la Escuela es contribuir con la familia a dirigir el desarrollo del niño y su adaptación al medio, de acuerdo con los fines o valores de la educación. Prácticamente, la escuela debe dirigir aquellas actividades que son fundamentales para la vida del niño y la preparación de éste para la vida del adulto. Formando una jerarquía de valores utilitarios, a tenor de las necesidades infantiles, las actividades más importantes para la escuela son: 1.ª las que aseguran la conservación de la vida ("cuidados higiénicos, ejercicio físico"); 2.ª las que contribuyen al bienestar y orden de la sociedad humana ("conducta moral"); 3.ª las que sirven para comunicarnos con nuestros semejantes ("lectura, escritura, lenguaje, dibujo"); 4.ª las que sirven de preparación para la educación vocacional ("guía vocacional, educación prevocacional"); y 5.ª las que nos sirven para conocer el medio ("ciencias físicas y naturales, historia y geografía, matemáticas").

2.º Los límites y la extensión de la escuela primaria son convencionales. No obstante, por consideraciones de carácter psicológico y pedagógico sería conveniente dedicar la educación primaria a la segunda niñez (desde los seis a los once o doce años). De este modo la escuela sería una continuación del kindergarten (de 3 a 6 años) y una preparación para la educación del adolescente (de 12 a 18 años).

Suyo afectísimo amigo,

A. M. AGUAYO

Vedado, 7 de Diciembre de 1915.

EDICIONES DE LA LECTURA

Paseo de Recoletos, 25, Madrid.

CLÁSICOS CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS

- SANTA TERESA — *Las Moradas*. Por don Tomás Navarro.
TIRSO DE MOLINA — *Teatro*. Por D. Américo Castro.
GARCILASO — *Obras*. Por D. Tomás Navarro.
CERVANTES — *Don Quijote de la Mancha*. Por D. Francisco Ro-
dríguez Martín, de la Real Academia Española. (8 vols.)
QUEVEDO — *Vida del Buscón*. Por D. Américo Castro.
TORRES VILLARROEL — *Vida*. Por D. Federico de Onís
DUQUE DE RIVAS — *Komanes*. Por D. Cipriano Rivas Cherif
B. JUAN DE AVILA — *Epistolario Espiritual*. Por D. Vicente
García de Diego
ARCIPRESTE DE HITIA — *Libro de Buen Amor*. Por D. Julio
Cejador (2 vols.)
GUILLÉN DE CASTRO — *Las macedas de Cid*. Por D. Victor
Said Arnesto
MARQUES DE SANTILLANA — *Canciones y decires*. Por D.
Vicente García de Diego
(2 vols.)
VILLEGAS — *Enchiridion o amatorias*. Por D. Narciso Alfonso Cortes
de la Real Academia Española.
LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Por D. Julio Ce-
jador.
FERNANDO DE HERRERA. — *Poesías*. Prólogo y notas por
D. Vicente García de Diego.
CERVANTES — *Novelas ejemplares*. Prólogo y notas por D. Fran-
cisco Rodríguez Martín, de la Real Academia Española.
FR. LUIS DE LEON — *De los nombres de Cristo*. Tomo I. Por
D. Federico de Onís
FR. ANTONIO DE GUEVARRA — *Menosprecio de corte y alar-
banca de aldea*. Edición y notas de M. Martínez de Burgos.
NIEREMBERG — *Epistolario*. Por D. Narciso Alfonso Cortes

COLECCION ALFONSO
REPERTORIO AMERICANO
PREPARADO EN CUADERNOS QUINCENALES POR
J. GARCIA MONGE
EN JOSE DE GOSTA RICA, E. A.

Condiciones:

Libros de 12 cuadernos (en Costa Rica): \$ 3.00.
Libros de 12 cuadernos (en el Extranjero): \$ 2.00 oro m.

Número suelto: \$ 0.25

POR TRES COLONES

Libros de escogida, variada y reconfortante literatura

LAS REVISTAS

RECURIO de Nueva Orleans, ilustrada, literaria
muy interesante. Agente en esta ciudad: Antonio

ACETILLAS BIBLIOGRÁFICAS

LA DIPLOMACIA DE CHILE

por

ALEJANDRO ALVAREZ

Casa Editorial América acaba de publicar con el
de la Sociedad Internacional Americana, en li-
teraturismo debido a la brillante pluma del

Edición And
Cano X1

Imprenta Greñas

Calle 4.ª S., entre Avenidas 4 y 6

Libros — Periódicos — Folletos

Hojas sueltas

Recibos talonarios — Cheques

Tarjetas de visita

Facturas — Etiquetas — Invitaciones

Programas — Diplomas

Esta imprenta se encuentra

instalada ya en su nuevo y espacioso local, situado en la Calle 4.ª Sur, entre las Avenidas 4.ª y 6.ª Oeste, a 125 varas del Parque Central, construido especialmente para tipografía y que presenta grandes comodidades para el trabajo.